AÑO XXVIII. — Nº 1379.

EL DIA

MONTEVIDEO, JUNIO 21 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ARROYO SOLIS CHICO.

Hombre y paisaje, en la mañana luminosa, pertenecen a un mundo de claridad donde al soñar se pierde la noción del tiempo.

(Fotografía de Dora Isella Russell).



Desembarcadero de Montevideo. (Dibujo de Adolphe D'Hastrel, 1840). Colección Assunçao.

EL EXODO RURAL
LA ATRACCION DE LA CIUDAD

PRESENTE Y PORVENIR DE LA VIDA URBANA. — El eminente historiador inglés Vere Gordon Childe, recientemente desaparecido, afirmaba que las grandes revoluciones mundiales debían juzgarse de acuerdo a sus efectos positivos en la incrementación demográfica de la especie humana. Consecuente con este criterio hablaba de una revolución neolítica; de una revolución urbana, acompañada por otra de orden intelectual (el surgimiento de la civilización) y de la Revolución Industrial del siglo XIX. La aparición de las primeras ciudades es un resultado de la revolución neolítica, producida por la alianza de la agricultura sedentaria con el pastoreo. Pero si comparamos aquellas urbes de la media luna de las tierras fértiles con las construídas a lo largo de estos dos últimos siglos comprenderemos que la verdadera revolución urbana es hija de la industria y del maquinismo. Es, en definitiva, "nuestra" revolución y configura uno de los más espectaculares episodios, cualitativa y cuantitativamente considerado, de la aventura de la humanidad en el escenario terrestre.

En cualquier manual de Demografía se pueden hallar las cifras globales del aumento galopante de la población mundial a partir del siglo XVIII. Ortega y Gasset, en su *Rebelión de las Masas*, las maneja para demostrar ciertos fenómenos sociológicos, tales como la "democratización fundamental" y el auge del "lleno", que corroboran la íntima vinculación existente entre la densidad de habitantes y los hechos sociales. Lo que a nosotros nos interesa, empero, es el crecimiento, irreversible por ahora, de las ciudades mundiales. A principios del siglo XIX existían en todo el planeta menos de cincuenta ciudades que sobrepasaran los 100.000 habitantes. Hoy las ciudades con más de 100.000 habitantes llegan al millar. En el año 2.000, de continuar el ritmo que llevamos, la cuarta parte de los pobladores del mundo residirá en ciudades con más de 100.000 habitantes y hacia la mitad del siglo XXI, si las bombas nucleares no le gastan alguna broma pesada a las previsiones de los estadígrafos, más de la mitad de la población mundial, que alcanzará cifras fabulosas, vivirá en ciudades con más de 100.000 habitantes.

No es tiempo, pues, de lamentaciones anacrónicas. El ideal del retorno a los campos es una utopía contemporánea que tiene cada vez menos adeptos. La máquina, madre de la civilización industrial, atrae a los campesinos con la promesa urbana de una vida más grata. Y para llenar el hueco dejado por el emigrante rural en las haciendas y chacras, el industrialismo diligente envía sus emisarios técnicos que hacen en menos tiempo y con mejor resultado, el trabajo realizado antiguamente por muchos hombres mal remunerados. De este modo el éxodo rural y el maquinismo dialogan sin pausas, en recíproco trasiego definiendo los caracteres de la era de las ciudades mundiales y de la urbanización integral de las sociedades humanas.

LA FUGA HACIA LA CIUDAD. — En un artículo anterior habíamos expresado que las causas que expulsan del campo y las que atraen a la ciudad actuaban simultáneamente. El éxodo rural es el producto de dos fuerzas coordenadas que sólo por razones de método expositivo pueden ser analizadas por separado. En la realidad ambas intervienen para provocar la *landflucht*, la huída del campo, que no es tanta calamidad como suponen los economistas que ponderan el orden tradicional (esto es, el peón barato, la gran propiedad servida por un ignorante proletariado campesino, el capitalismo terrícola) sino una segura liberación de los explotados braceros del agro.

Entre las múltiples causas atractivas pueden señalarse las siguientes:

1º Altos salarios urbanos. — Cuando el labrador tradicionalista y el peón agrícola o pecuario comparan sus menguadas ganancias mensuales con los salarios que se pagan en las ciudades, aspiran legítimamente a cambiar de destino. No entran en sus cálculos las dificultades de lograr vivienda ni el alto precio de los alimentos o las prendas de vestir: sólo ambicionan entrar en el juego de los periódicos consejos de salarios y sin parar mientes en los peligros del desempleo ni en su desamparada falta de especialización se encaminan hacia las ciudades llenos de ingenua rebeldía y de valiente optimismo.

El salario fabril, la plaza en el ejército o el trabajo en la construcción no alcanza, si el emigrado lleva tras sí a la familia, para cubrir las necesidades de la misma. Comienza prontamente la dispersión dolorosa de los hijos, el calvario de las muchachitas seducidas, la mendicidad o el delito de los muchachos marginalizados: como no es posible elegir, toda actividad es buena para aplacar las demandas de la supervivencia.

Pero otras veces el joven emigrante rural, sin otras responsabilidades que las relacionadas con sí mismo, halla en el trabajo urbano una compensación propicia para su espíritu de empresa y construye con sus ahorros o su habilidad comercial, el primer peldaño del ascenso en la pirámide clasista.

2º Protección sindical. — El obrero urbano no está en la actualidad desamparado, como sucedía a principios de siglo. Debe obtener muchas reivindicaciones todavía, y no sólo materiales. Debe ser educado para que el desprecio por la vida del espíritu no sea el disparadero de su viejo resentimiento contra el capitalismo; para que constituya familias fundadas en el respeto a la mujer y el amparo a los hijos. Debe ser liberado, por quien sea y como se considere oportuno, del sombrío *carpe diem* que lo aparta del hábito de ahorro. Debe aprender a enriquecer sus ocios, a huir del boliche que lo esquilma y lo envenena, del juego que lo funde y lo envilece, de la imprevisión que lo maniata y lo vulnera.

No obstante las carencias apuntadas tiene el obrero contemporáneo un gran aliado en la solidaridad sindical. El sindicalismo, sea el democrático, sea el "comprometido", suma la tenue fuerza de cada hombre en una poderosa máquina de lucha que se enfrenta al capital y a las empresas y plantea conflictos que, a la larga, se resuelven en favor de los trabajadores.

En cambio, el bracero rural, el pequeño agricultor, el arrendatario humilde, no tienen ninguna garantía contra las arbitrariedades de los mandones o los terratenientes. No pueden ni saben sindicarse; les faltan dirigentes; carecen de contactos personales; ignoran las tácticas gremialistas. La distancia los desfibra; el mitin no puede realizarse por la imposibilidad de propaganda; el esfuerzo solidario fracasa por la naturaleza de las tareas y el desconocimiento de los derechos laborales. Hablamos, entiéndase, del auténtico sindicalismo y de los auténticos asalariados. Otras fuerzas actúan en el ámbito rural, pero son las constituídas por las "patronales" de grandes propietarios y por la sorpresiva irrupción de las clases medias en las decisiones político-económicas del presente.

El peón rural, pese a su aislamiento, a su inerme pasividad, sabe que en las ciudades estará protegido por sus compañeros de sindicato y defendido en sus derechos por la solidaridad gremialmente federada. Y esta certidumbre, confusa a veces, pero dinámica siempre, empuja a los decididos a los hambrientos de pan y de justicia, a la Tierra Prometida de la gran urbe.

3º Previsión social más desarrollada. — Cuando la justicia social no ha llegado, la beneficencia social restaña las heridas de las comunidades desamparadas. Lo ideal es que no existan pobres y no que el hecho de ser pobre otorgue prerrogativas para la limosna disimulada o el privilegio degradante. Por eso debemos aceptar con reparos las proclamadas excelencias del servicio social. El capitalismo lo aceptó y



Vista de Montevideo. (Litografía de Juan A. Sallés, 1856). Colección Assunçao.

protegió porque era una cortina de humo. La visitadora enseña higiene al pobre y trata de adiestrar al hogar proletario en la cuerpeada a la miseria, pero estas soluciones no son de fondo; aceptan un orden social basado en la explotación del hombre por el hombre en vez de terminar con dicha explotación. El día que la justicia social ocupe el puesto del servicio social y sustituya con trabajo digno — bien cumplido y bien remunerado — las afanosas estadísticas de la infelicidad humana, habrá en el mundo menos caridad científica y mejor distribución de la riqueza. Previsión social y servicio social, empero, no son la misma cosa. La previsión social está en manos del Estado y puede coexistir con soluciones socialistas atemperadas o extremas. En este sentido la obra del Batllismo en nuestro país es perdurable y ejemplar.

Pero el campo, por razones de distancia, de intereses creados, de insensibilidad política y de insuficiencia presupuestal, no disfruta de los mismos beneficios que la ciudad. En los lejanos pueblitos, perdidos tras las cuchillas; en los Tarugos, Sacachispas, Tentaciones, y cien rancheríos más, no hay hospitales, no existen instituciones de beneficencia, no se presta atención a la niñez desvalida, a la madre soltera, a la delincuencia juvenil, etc.

Montevideo, en cambio, ha perfeccionado sus sistemas de previsión, otorgando a las familias pobres toda clase de facilidades. El trabajador y los suyos son amparados por una constante tutoría que va desde la casa cuna hasta el mercado municipal a bajos precios, desde la tarjeta de pobre hasta las compensaciones familiares desde el seguro de paro obrero hasta la atención hospitalaria gratuita, desde el cuidado de la salud física a las facilidades para la educación primaria, media y superior.

Hoy el bracero rural está perfectamente enterado de todas estas cosas. Por ello procura vivir en la gran ciudad para tener acceso a tales prerrogativas.

4º *Posibilidades de ascenso en la escala social.* — Todos los hombres procuran, cuando la oportunidad se presenta, ascender económica y socialmente en la pirámide de clasista. Instintos de dominación y de autoafirmación contribuyen para que hasta el más simple de los ciudadanos aspire a la riqueza y al poder, al honor y al halago.

Un campesino pobre está condenado a ser campesino hasta el fin de sus días por más coraje, inteligencia y ambición que tenga. Un obrero, como lo demuestran las biografías de célebres millonarios, puede romper los límites de su condición y escalar vertiginosamente posiciones en la estratificación social urbana. Y sin llegar a este extremo, la ciudad ofrece al emigrante rural ocasiones de obtener una dorada medianía que complace al ex campesino: la posibilidad de ser pequeño propietario, de instalar una modesta industria, de prosperar con el comercio minorista, de convertirse en un operario especializado, de obtener un empleo público.

5º *Abundancia de espectáculos y diversiones.* — El hombre rural de otras épocas y de otros países de cultura campesina tuvo en el pasado y conserva en la actualidad un rico acervo de festividades folklóricas que cumplen una importante misión funcional. Pero en el Río de la Plata las tempranas formas de penetración económica y mental de la ciudad en los lejanos rincones rurales desorganizaron y empobrecieron el folklore vernáculo. Las razones de esta carencia son complejas y deben ser examinadas con más detalles: las inmigraciones, el influjo desquiciante de la ciudad, la austera modalidad vital de la estirpe gauchesca, la pobreza del paisanaje y muchas otras causas más dejaron a nuestro campo sin juegos, sin danzas regionales sin celebraciones colectivas, sin sociabilidad lúdicra, sin cancioneros populares.

El carnaval, por ejemplo, que tan bien ha estudiado Augusto R. Cortazar, en el folklore calchaquí, no tiene resonancia alguna en la campaña uruguaya. El pericón sólo se baila en las ciudades como deliberado rescate del pasado por parte de los guardianes del nativismo. No hay ceremonias religiosas con sabor local, salvo la trasculturación urbana del San Cono floridense, importado por los italianos. Los trajes de "china" y de "gaucho" han desaparecido; los paisanos de los rancheríos se visten con andrajos; los dueños de las estancias compran sus ropas en las tiendas exclusivas; los agricultores han abandonado ya hasta el retobado tamango que los legara el canario.



Colocación de la piedra fundamental del Hospital Italiano. (Acuarela de J. M. Besnes e Irigoyen, 1852). Biblioteca Nacional.

Nuestro campo es triste; no celebra fiestas tradicionales; no baila gatos ni canta cielitos; el desamparo económico del proletario rural se refleja en la pobreza de su folklore y la extroversión del terrateniente se orienta hacia los repertorios internacionales que difunden la radio y la T.V.

La ciudad, en cambio, es la Meca común del pobre que busca un rescoldo de alegría y del rico que la puede comprar al por mayor. El campo es solitario, mortecino, aburrido. Montevideo tiene cinematógrafos, playas, teatros, parques de diversiones, paseos, calles bullentes, grandes espectáculos deportivos, bailes de lujo y de medio pelo, taumaturgos de la risa y dispensadores públicos o clandestinos de la felicidad. Y este incentivo, que obra por lo alto y por lo bajo, que ofrece al pobre y al rico, al pequeño propietario y al medianero, al terrateniente y al humilde peoncito la primicia o el hartazgo de la fiesta, la diversión fácil, el mundo tarifado y apasionante de la ficción, es el que precipita la huída hacia la gran ciudad.

LOS VEHICULOS PROPAGANDISTICOS DEL EXODO RURAL. — En el pasado se sabía de la ciudad por los relatos ponderativos de los carreteros, de los troperos, de los raros visitantes del hospital o los más frecuentes de la cárcel. La ciudad era algo mítico, remoto, extraño. Pero la técnica de la radiodifusión ha terminado para siempre con las barreras entre el campo y la ciudad. En una página expresiva como todas las suyas, Alberto Methol Ferré, dice que "la radio salta, abrevia, cicatriza, la diferencia secular entre el campesinado y el medio urbano. Destruye y supera los desacompasados ritmos históricos de campesino y ciudadano. (No por supuesto del "terrateniente ciudadano", figura singular de nuestra historia). Y es por medio de la técnica radiodifusora que los mundos rurales ingresan definitivamente en la historia contemporánea. El cisma de la ciudad y el campo comienza a esfumarse. Los campesinos, como hemos dicho, se habían caracterizado hasta hoy por un fatal anacronismo. Pero la radio ha saltado todas las distancias y ha dado jaque mate a todo anacronismo. Ya no importan los malos caminos, las lluvias, las inclemencias del tiempo, el analfabetismo. La radio llega instantáneamente al lugar más seguro: la casa. Se instala en el centro mismo de la sociabilidad campesina que es la familia. La informa, la tiene al día, la hace compartir la vida ciudadana y mundial". De perfecto acuerdo. La radio entrega durante todo el día mensajes gremialistas y episodios macarrónicos, tangos quejumbrosos y noticias atómicas, informativos de tablada y publicidad sobre la vida nocturna en dudosas whiskerías. Constituye un espejo de la vida múltiple y compleja, densa y problemática, vivaz y dialéctica de la ciudad. Es cierto que la radio ayuda a muchos a ser hombres de campo bien informados; es cierto también que sobre muchos otros actúa como un imán que atrae irremisiblemente al círculo mágico de Montevideo.

En la próxima nota cerraremos esta serie dedicada al éxodo rural estudiando la sociología de las migraciones internas y las teorías adversas y partidarias de la despoblación de los campos.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



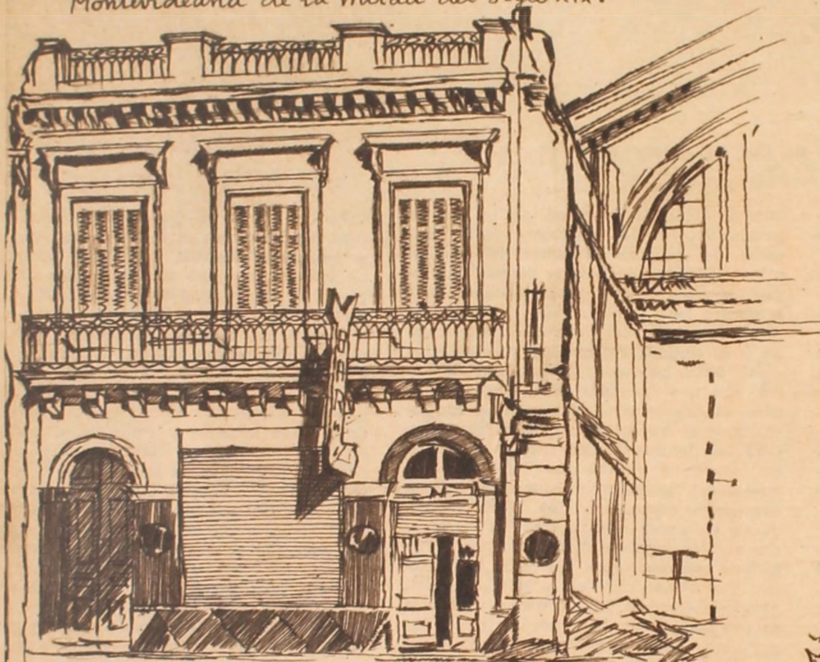
Calle de Cagancha. (Grabado de T. Pascual, 1864).

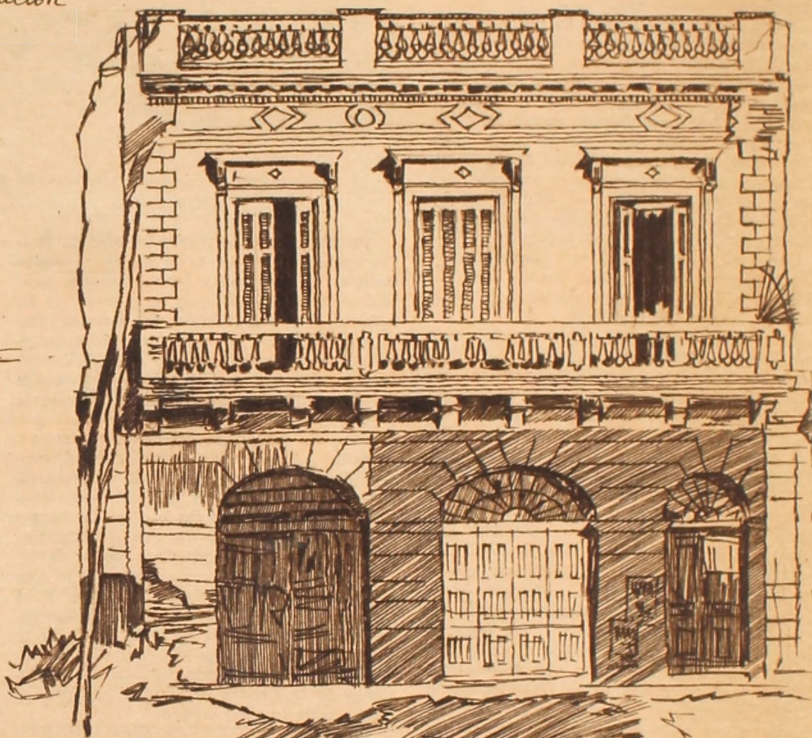
APUNTES DE PIERRE FOSSEY

POR LA RAMBLA F. D. ROOSEVELT

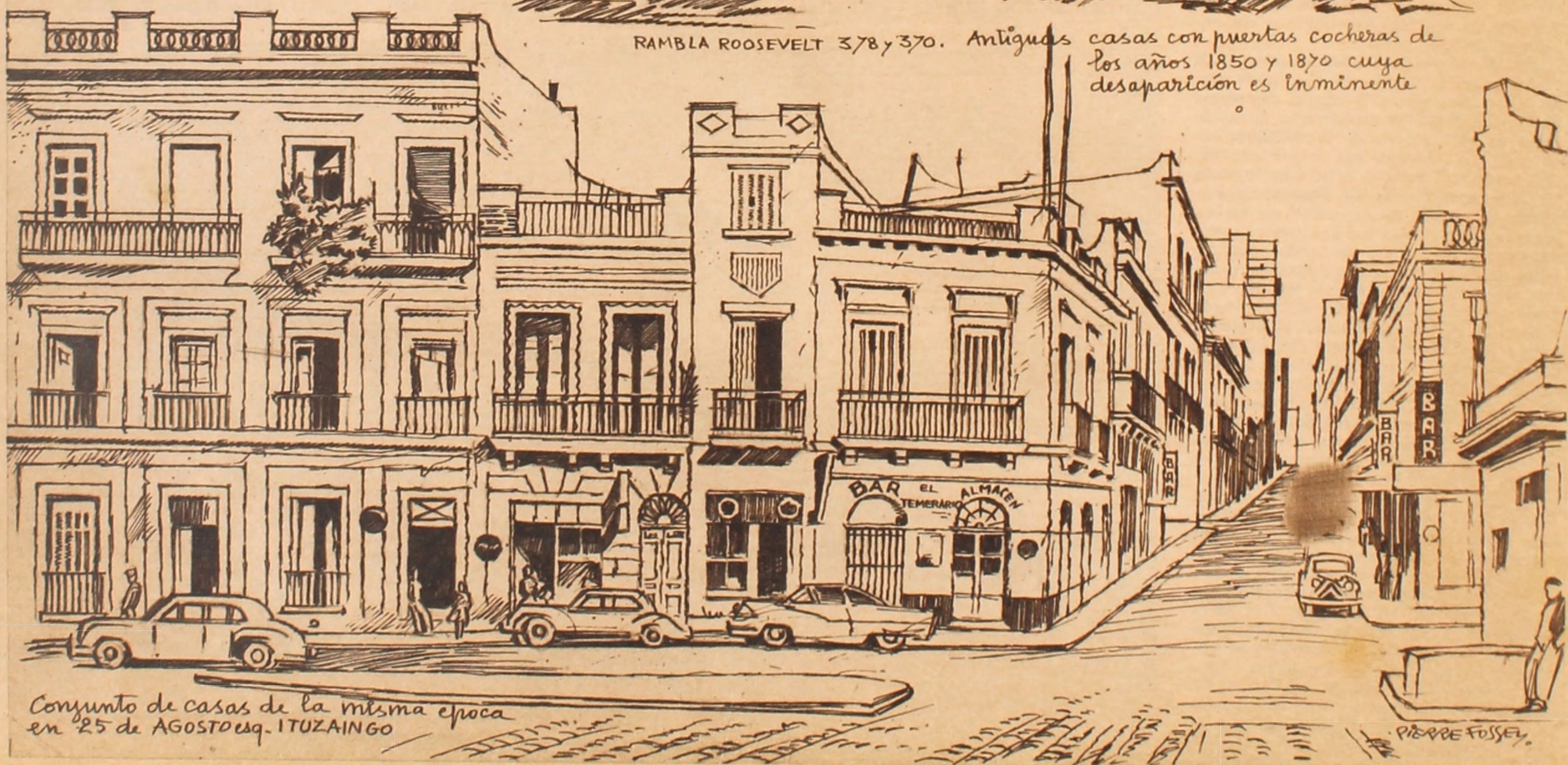


RAMBLA ROOSEVELT esquina SOLIS, típico y hermoso ejemplo de la edificación Montevideana de la mitad del Siglo XIX.





RAMBLA ROOSEVELT 378 y 370. Antiguas casas con puertas cocheras de los años 1850 y 1870 cuya desaparición es inminente.



Conjunto de casas de la misma época en 25 de AGOSTO esq. ITUZAINGO



LAS NOTAS DE BATLLE AL LIBRO "BATLLE Y EL BATLLISMO"

UNA AUTOBIOGRAFIA DE VALOR SINGULAR

PRONTO ha de aparecer una nueva edición de "Batlle y el Batllismo". Este gran libro —que es también, por sus dimensiones, un libro grande— contiene una documentación formidable sobre la vida y obra de Batlle, suministrada a través de un relato apasionante que transporta la imaginación del lector, porque la notable labor creadora de los doctores Efraín González Conzi y Roberto B. Giúdice convierte a la historia en un verdadero espectáculo. Un espectáculo magnífico, con magnífico argumento. Hasta hoy, nadie ha superado este verdadero monumento literario, que se publicó por primera vez en 1928. En el año transcurrido entre su salida y la desaparición física de Batlle, éste tuvo oportunidad de conocer el texto. Y si nunca permaneció como simple espectador ante los acontecimientos de su patria, tampoco hubo de contentarse con admirar el espectáculo de su vida a través de una pacífica lectura del libro. Por eso es que sus hijos, y la historia del Uruguay, recibieron el precioso legado de un ejemplar lleno de anotaciones. En la nueva edición que nos hemos honrado en supervisar —con la colaboración de Miguel Angel Rojo—, consideramos de gran importancia incluir tales notas, casi siempre en forma facsimilar.

Hay cerca de ochenta anotaciones, las más de ellas inscriptas en la parte titulada "Vida de Batlle", segunda de las cuatro en que se divide el libro. Algunas son pequeñas indicaciones, meras fe de erratas, breves correcciones; otras, párrafos más extensos, de intención explicativa; y todavía hay algunos casos en que la escritura, luego de cubrir todos los márgenes de una página, continúa en la siguiente, porque el anotador quiere dejar bien en claro su pensamiento. Pero al extenderse no se repite. Tuvo Batlle la alta virtud de ser conciso. Las notas, redactadas al correr del lápiz, tienen un vigor sintético admirable y son un modelo de economía verbal. Como en este artículo es imposible que las transcribamos en forma completa y sólo habremos de citar algunas de ellas en frases aisladas, damos como ejemplo de su estilo la referente al famoso incidente del "café frío".

"Era necesario inutilizar un elemento electoral, que era mozo de café. Estevan, jefe político, pide un café, y pretextando que se lo han servido frío, lo echa a la cara del mozo. Este protesta airado, y es conducido a la cárcel. Era lo que se deseaba hacer".

Las notas de Batlle nos brindan una reconstrucción de muy importantes etapas de su vida. De tal manera que la excelente labor biográfica realizada por los doctores Giúdice y González Conzi ha sido enriquecida por la colaboración del propio interesado, quien traza en los márgenes del libro, de su puño y letra, una autobiografía de valor singular. Es emocionante imaginarse a aquel gran hombre, en el último año de su vida, inclinado sobre el libro, analizando la imagen que de él se han formado sus conciudadanos, para reforzarla con trazo afirmativo unas veces, y otras para rectificarla con asombrosa objetividad. Acerquémosnos espiritualmente a él, y veamos por un instante cómo repasa su combativa existencia.

Su progenitor, don Lorenzo, está evocado en dos nobles aspectos: en el de su honradez y en el de su sentimiento. *"No recuerdo si mi padre empeñó su caja de rapé —como dice el libro—; pero sí es cierto que su pobreza fue muy grande después de su presidencia. El Molino Uruguayo, que había sido antes su medio de vida, fue desatendido y se fundió durante su período presidencial".* Y la otra nota: *"Mi única contestación a esta actitud de los jefes debió ser la publicación permanente del artículo "Adiós" —cuando Santos se iba del país—, y ordené que se hiciera; pero no pude resistir a la súplica de mi anciano padre, que se presentó a la imprenta y me pidió con lágrimas en los ojos que no la continuara publicando".*

Desfila en su memoria la prisión de agosto de 1886; y también los preparativos revolucionarios que la siguieron. *"Se me pidió que acompañara al coronel Galeano, que habría sido probablemente el jefe del movimiento, para moderarlo. Y no había medio de convencerlo de que no debía fusilar a los que se le resistieran."*

Luego viene la Conciliación; y la Presidencia del general Tajes. Y aparece en las notas, al lado del relato de hechos, una serie alternada de juicios adversos con juicios favorables. Batlle no se abstiene de juzgar ahora a los personajes del pasado, como no se abstuvo de hacerlo cuando los enfrentó en carne y hueso. Tajes, Julio Herrera y Obes, José Pedro Ramírez, el general Estevan, Luis Melián Lafinur, Juan Paulier, el coronel Galeano, Cuestas, Antonio María Rodríguez, etc., etc. Para él, hombres buenos, hombres malos, y hombres buenos y malos a la vez. Porque aún a quienes fueron sus adversarios y merecieron su crítica, no deja de reconocerles, si así lo cree, sus facetas relevantes. *"Mi opinión definitiva sobre Tajes es que habría sido una persona pasable si se hubiera formado en otro medio."* Y recuerda *"su conducta generosa en el Quebracho y la moderación que había demostrado en su gobierno". "J. Herrera y Obes había combatido enérgica y brillantemente a Santos". "Yo prefería el gobierno de Herrera al de cualquiera de los colorados de entonces."*

Más adelante hay notas sobre la revolución blanca del 97, y la pacificación posterior. Numerosas anotaciones se refieren al período de Cuestas. Al principio, éste le brinda todo su apoyo, y tanto, que en el 99 Batlle, por trece días ocupa la Presidencia de la República, en su condición de Presidente del Senado. Y pudo haber quedado en el sillón. *"Pero habría tenido que traicionar a Cuestas. Y no nací para traidor"*, anota Batlle. *"Había subido a la Presidencia apoyado por Cuestas y no podía desalojarlo. Habría dado un pésimo ejemplo al país." "En ese período se me ofrecieron los votos nacionalistas y yo contaba con los votos colorados. Pero si yo hubiese aceptar la Presidencia, habría sido un desleal".* Son frases de tres anotaciones concordantes.

Sin embargo en 1903, Cuestas apoya otra candidatura, puesto que no creía ya en la viabilidad de la de Batlle, *"porque no quise aceptar al pedido que éstos —los nacionalistas— me hacían de que no defendiese con tanto empeño una senaduría (la de Río Negro) que en mi concepto habíamos ganado".* Pero Batlle es igualmente elegido para su primer período en la Presidencia de la República.

Sobre esta etapa de su vida, tan agitada, las anotaciones se multiplican en número y en extensión, reconstruyendo fiel y minuciosamente el alzamiento de 1903 y la revolución de 1904. En el marco de este artículo no caben transcripciones que insumirían demasiado espacio, si es posible resumirlas sin falsear el espíritu del anotador. Sólo diremos que cinco de esas notas se refieren a la designación de los jefes políticos; dos, a la actuación del doctor José Pedro Ramírez en los tratos de paz de 1903; seis, a la entrada de los regimientos a Rivera, motivo alegado para el levantamiento de 1904; dos, al presunto "ya es tarde" de Batlle; y tres, a otros temas conexos. A este período pertenecen también dos notas sobre el "atentado de la mina", máquina infernal con la cual unos terroristas, en plena guerra, estuvieron a punto de matar al Presidente de la República mientras paseaba con su familia por el Camino Goes —hoy Avenida General Flores.

Y detrás de la tragedia, vienen las evocaciones felices: el apoteótico descenso de la primera Presidencia en 1907, y el mitin monstruo del regreso de Europa en 1911, para asumir la segunda Presidencia. Pero en seguida vuelven los nubarrones a ensombrecer el recuerdo. En este período los adversarios han usado toda clase de armas para tratar de abatir al coloso; el encono fue tanto mayor cuanto más crecía en el alma del pueblo el amor hacia su paladín. Y es así, como el anotador, a tres lustros de distancia, revive la aviesa explotación del "Anoche me llamó Batlle" y una vez más defiende la limpieza de su conducta. Más aún: tiene que renovar la angustia de su corazón recordando la impía derivación política de sus viajes al Arazatí, donde iba a velar las últimas noches de su hija Ana Amalia. Y con sacrificada paciencia vuelve a justificarse, cuando en realidad son sus adversarios los que necesitan urgente justificación. *"Aquel viaje no costó nada a la República. El carbón, que era lo único que gastaba el buque, lo pagaba yo, de mi bolsillo. Yo venía semanalmente a Montevideo para celebrar las conferencias necesarias. Hasta entonces los gobernantes anteriores habían empleado los buques del Estado en fiestas y paseos. Yo empleé el "Uruguay" con motivo muy distinto."* Las almas grandes sienten el pudor de mostrar su dolor; no nos dice Batlle cuál fue ese "motivo muy distinto"...

(Proseguirá en el número próximo)

Marcos MEDINA VIDAL.

(Especial para EL DIA.)

BATLLE Y EL BATLLISMO

Batlle, despreciando sus intereses individuales, antepuso a todo móvil secundario el mandato imperioso de su moral. Y en breves, concisas y enérgicas palabras pidió, inmediatamente, explicación de su actitud al Presidente de la República.

Dice así su telegrama:

Al Presidente de la República.
Minas, 25 de Noviembre de 1887.
"Un diario de la localidad publica hoy un telegrama firmado por V. E. en el que con letras gordas, se dice que el nuevo Jefe Político viene a dar garantías a todos. Me creo con derecho a pedir a V. E. explicaciones sobre una frase que importa la suposición de que no las ha habido anteriormente en el departamento.
Saluda a V. E.
José Batlle y Ordóñez."

El entredicho quedaba planteado. El Gobierno había dado la satisfacción pedida y la moral de Batlle quedaba, como siempre, íntegra e intacta. Pero no fue perdonada aquella briosa rebeldía. El Presidente de la República castigó aquel acto de independencia, aquel noble ejemplo de Batlle, eliminando su candidatura.

Batlle no será elegido diputado.

Una vez más, Batlle todo lo había sacrificado en homenaje a la moral.

Meses antes de los acontecimientos narrados, había cesado la publicación de "El Día" (Julio de 1887).

Mientras fustigó la tiranía todo el pueblo le prestó su apoyo, sin distingos partidarios: y el diario vivía holgadamente. Pero cuando Batlle, al comenzar el gobierno de Tajes, coloca francamente a "El Día" en las filas coloradas y lo hace órgano del Partido, los adversarios políticos dejaron de leerlo. Y muchos colorados situacionistas, todos los que gozaron de los favores santistas como retribución de servicios prestados a la dictadura, también negaron su apoyo al diario que, purificando al Partido, los atacaba sin piedad enrostrándole sus defectos y mostrando al pueblo sus vicios.

Así, poco a poco, "El Día" pierde el apoyo material, que le es imprescindible no ya para progresar sino aún para subsistir. Si no

— 145 —



El doctor Siao-Yu, rodeado de estuches que guardan parte de su rara colección de sellos de piedras preciosas.

UN ORBE ARTISTICO DESCONOCIDO EN OCCIDENTE

LOS SELLOS CHINOS

UN sorprendente mundo en miniatura acaba de revelarse ante nuestros ojos de suramericanos, brindado con generosidad por el eminente Dr. Siao-Yu, Director de la Biblioteca Sino Internacional. Y gracias a él nos toca ser quien por vez primera aluda a este aspecto ignorado del arte chino, sobre el cual nada se ha escrito hasta hoy en Occidente. Primicia que reclamamos para nuestro Suplemento, y para este constante fervor por esa gran aventura del espíritu en la que estamos embarcados, aprendices perpetuos de todo conocimiento que por el camino del intelecto pueda enriquecer nuestra dimensión humana.

Si hay un paisaje que ayude a la evasión del alma, que propicie la fuga de los sentidos, con su levedad, su indefinición, en la que entra sin embargo un riguroso determinismo creador, su limpidez de contornos, su horizonte sin sombras, su aire de serena eternidad, es el paisaje ingrávido de la pintura china. Y a veces, deambulando la fantasía por el rectángulo de papel frágil que amplía idealmente sus bordes por lo mucho que sugiere, nos detuvieron la atención, al pie de la caligrafía primorosa, estéticamente llamativa aún sin comprender su significado, uno o varios cuadraditos que ponían bajo aquellos signos en hileras verticales, espigados y elegantes como volutas de humo, el remate decorativo de un basamento rojo, como si fuera pedestal para aquellas columnas ideográficas. Pensamos entonces que se trataba de un mero elemento ornamental, capricho del autor.

Hemos sabido al fin su significado, su estirpe milenaria, su complejidad, su ciencia, su importancia. Tanta, que el tema de los sellos chinos puede considerarse motivo para una tesis de doctorado universitario.

Subraya el doctor Siao-Yu que el arte sigilar es una rama esencial del arte chino desconocida para los occidentales, y que ocupa, histórica y artísticamente, el mismo lugar que la pintura, la caligrafía, la porcelana. Pintores, calígrafos y grabadores de sellos en el mundo de la cultura china, gozan de idénticas prerrogativas. Y al igual que poetas que publican sus versos y pintores que reproducen sus cuadros, los grabadores exponen sus trabajos, y editan en libro el conjunto de sus realizaciones. El tema es vasto y absorbente, y crece en interés a medida que se va entrando más en él.

El empleo de los sellos se remonta a muchos siglos antes de nuestra era, y ya se alude a ellos en un libro clásico, el "Cheu Li", de la dinastía Cheu (1134-247 A. C.). Los más antiguos que se conservan son contemporáneos de la dinastía Ts'in, del siglo III A. C. Como vemos, su abolengo es remoto. Igualmente valiosos y relativamente más fáciles de hallar son los de la siguiente dinastía, la Han, a comienzos del siglo III D. C. En realidad, el paso de los siglos no influyó mayormente en la evolución de los sellos, pues se ha mantenido la técnica primitiva. Pero variaron los materiales con que se ejecutaban. Durante las dinastías Hsia, Shang y Cheu, hubo sellos de oro, plata, jade y terracota. Bajo los Ts'in y Han, se hicieron en bronce, de gran tamaño, destinados a usos oficiales, así como otros, pequeños, en bronce con baño de oro. Asimismo los hubo en piedras comunes que imitaban el jade. Los sellos de piedras semi-preciosas aparecen en la dinastía Ming; también se habían utilizado, a partir de la Song, sellos de porcelana. El mármol, muy duro, no permitía grabados minuciosos, obstáculo que también presenta el jade, si bien existen sellos de esta materia. Los de plata no gozaron de aceptación, pues la plata ennegrece la pasta roja con que se sella. En cuanto a la madera, se utilizó también, para el tipo más vulgar de sellos, empleados generalmente por comerciantes, más atentos al fin práctico que al artístico. Y el marfil, siempre noble, continúa siendo hasta ahora una de las sustancias más propicias para conseguir resultados excelentes, porque es fácil de grabar con fineza. Los sellos de piedras especiales tienen su ciencia particular. Consideradas en China como preciosas, exigen un estudio detenido, y las variedades de colorido se suman a la vejez, para acrecentarles el valor. No es lo mismo un sello recién hecho, que otro idéntico de igual materia que tenga por lo menos un siglo de antigüedad, porque el tiempo, y aun el roce de las manos, les van confiriendo una determinada característica, la calidad madura al añejarse, como los buenos vinos, por los cambios químicos que los años producen en el mineral.



En la misma valiosa piedra Shou-sang, estos sellos, de trescientos años de edad, lucen en el remate caballos primorosamente tallados. (Base cuadrada, de 3 cms. de lado. Altura total, 9 cms.)



Delicada pintura antiquísima, que ostenta sellos de distintos emperadores, testimonio de admiración y signo de propiedad por parte de quienes fueron sus dueños a través de generaciones.

Piedras ricas, ocres, amarillas, castañas, azuladas, traslúcidas o lechosas, a veces de más valor que sus pesos equivalentes en platino o en oro, piedras talladas que han cruzado centurias y se han ido cubriendo de inscripciones, de poemas en elogio de su hechura, de frases alusivas a su belleza formal, pequeños objetos suntuosos de los que acaso no existe ya la cantera originaria, objetos que formaron parte —y todavía— de un orbe cultural fabuloso que aun guarda sin develar muchos secretos como éste del que puede decirse sin exagerar que "desde el punto de vista artístico no se encuentra nada similar en ninguna otra civilización", como señala el doctor Siao-Yu en el texto inédito sobre el tema elaborado para sus clases, y vertido al castellano por Néstor Mondino, uno de sus más aventajados alumnos.

En la China imperial, Emperadores, Príncipes y Princesas tenían sus sellos personales de grandes dimensiones, en materiales valiosos. Y el tamaño iba disminuyendo a partir de los ministros y grandes dignatarios, en proporción con el rango que ocupaban en la corte. Con fuerza simbólica, muchas veces la cesión del sello equivalía a la entrega del poder. Distintivo de una categoría social, servía para tributar a cada persona el tratamiento debido a su alcurnia. Cuando el Emperador enviaba emisarios especiales, les entregaba un sello oficial que, una vez realizada la comisión, el embajador debía devolver, desanudando la cuerda prendida a la cintura de la que pendía dicho sello, perforado con tal objeto. Es el origen de una ceremonia que originó la expresión "desatar la cuerda", que significaba declarar cumplida la misión.

Podían usarlos libremente, desde el Emperador hasta los súbditos. Ya anotamos que los sellos oficiales eran de gran tamaño, de lujosa hechura y de formato cuadrado.

Para los sellos privados, no hay normas fijas. Todas las formas, todas las fantasías, caben en ellos. Cuando acompañan la firma, han de guardar relación con el tamaño de ésta; para escritos o dibujos minúsculos, hay sellos pequeños, de dos milímetros de lado algunos, lo que habla de la pericia microscópica con que han de tallarse. Para dar autenticidad a una obra, basta con sellarla, la firma no es indispensable. Pero la firma sin sello, carece de valor; si un pintor, un poeta, un calígrafo, han firmado una creación sin sellarla, se considera desprovista de calidad, sin jerarquía, pues carece del sello que establece la categoría de la misma. A veces, basta con el sello para validar un cheque bancario o un acta de casamiento. Todo esto da idea aproximada del aprecio y trascendencia que entraña esta curiosa costumbre china. Sin duda, la legendaria devoción por lo bello indujo a muchos artistas a coleccionar sellos valiosos por su riqueza intrínseca y su historia. Porque poetas, calígrafos, pintores, intelectuales en general, ponen siempre el sello junto con su firma. El espíritu individualista del chino se exterioriza en este rasgo tradicional. Las condiciones de grabador y de pintor suelen darse unidas. Uno de los ejemplos más ilustres es el de Chi-Pei-She, conocido mundialmente, que falleció hace dos años, casi centenario, y fue a la vez el primer pintor y el primer grabador contemporáneo. Su colección particular de sellos sumaba unos trescientos ejemplares. Más de seiscientos cuenta en la suya el Dr. Siao-Yu, de incalculable valor e interés, como un sello de bronce, de dos mil años, que data de la dinastía Han. No sólo reúne sellos personales, propios y de su esposa —un centenar— sino que también posee otros que pertenecieron a grandes intelectuales, poetas y sabios de otras épocas. Y un caso conmovedor es el del pintor y grabador Tao Fong, que no tiene aun cincuenta años, ni ha desistido de su pasión de grabar, a pesar de las circunstancias dramáticas que parecieron cerrar el camino de sus inclinaciones. Porque Tao Fong, durante la guerra sinojaponesa, cayó en poder de los enemigos, que le torturaron para arrancarle secretos militares; resistió con coraje para no traicionar a los suyos, pero los japoneses le mutilaron bárbaramente, amputándole piernas y manos. Sin embargo, Tao Fong, padre de familia feliz, vigoroso y entusiasta, continúa grabando con infinita voluntad, puesto el cuchillo entre los dientes; y hemos apreciado la calidad cabal de su tarea: el heroísmo al servicio de una vocación indomable.


Algunos curiosos sellos de forma irregular, cuyo tamaño lo da, por comparación, la frágil taza de porcelana de la izquierda. El sello de la derecha, adornado con una rama de "mei-fua", es de interés histórico porque perteneció a un personaje notable como estadista y poeta. En el centro, el pequeño sello es el más valioso de la colección: la piedra Tjien-Huang, inhallable hoy, tiene el valor del platino.


Cabezas de sellos, también de piedra Shou-sang. Reproducen leones, de singular belleza artística. (Altura de las tallas: 3 cms.)

Cabezas de sellos de la piedra llamada Shou-sang amarilla, con dragones esculpidos hace cuatro siglos. (Base cuadrada, de 3 cms. de lado. Altura total cms. 8,5.)

El sello equivale a una rúbrica, indica que un trabajo está concluído; puede usarse uno solo o varios: en unos, el nombre; en otros una frase alusiva, o un poema comentando la obra. Todo adquiere una resonancia lírica, alegórica, y trasunta la constante afición china por el arte, en todos los dominios diarios de la vida. El color de la pasta que se usa para imprimir, gris oscuro antiguamente, es por lo común, rojo. Antes se utilizaba también pasta azul, generalmente en momentos de duelo, en que se prohibía el rojo, color de la alegría, de las bodas y las festividades. Esos colores son indelebles y el tiempo los respeta, pero el contacto de un metal que no sea oro los altera. Guardada en recipientes exquisitos de porcelana, jade, marfil, atraviesa siglos sin modificarse. A veces se incluía en la pasta, para enriquecerla, sustancias preciosas: polvo de oro, de perlas, de coral rojo, de jade. La pasta era, pues, en sí, un elemento suntuario y, al igual que las piedras con que se confecciona el sello, rige para ella el principio de que a más antigüedad, corresponde mayor valor.

El tema es complejo, lleno de minucias y curiosidades, como cabe en un asunto sobre el que inciden milenios de tradición. Se nos escapa un poco el orden, en nuestro deseo de apretar detalles en un plazo reducido. Pero no podemos olvidar un aspecto de importancia: el tallado, no ya de la parte que sirve para la impresión —que exige una técnica y un arte depurados y exactos— sino del cuerpo del sello. En la cabeza de los sellos, es frecuente esculpir una figura, animal o planta, que añada valor estético a la pieza. Cúbicos o prismáticos al principio, cuando comenzaron a escasear las piedras preciosas necesarias para hacerlos, se respetó la forma en que se las hallaba, evitando desperdiciar materiales, y adaptándose hábilmente el escultor a los relieves de la piedra; aprovechó asimismo vetas o defectos, para sacar hasta de las fallas, partido artístico. Ora como estatuillas, ora con tallas únicamente en el remate, el diminuto universo pétreo se pobló de dragones, leones, nenúfares, orquídeas, "mei-fua" —rara y buscada flor de invierno—. El dominante sentido de lo hermoso del chino, se manifiesta plenamente en ese mundo de dimensiones limitadas, en el que la escultura, el grabado, el verso alusivo, la sustancia preciosa, concurren para configurar un arte refinado, que ofrece a nuestra mirada ávida de occidentales, un puñado de objetos ricos, casi juguetes, casi joyas, donde parece imposible que en algunos haya tenido intervención la mano del hombre. Mas ya lo dijo el doctor Siao-Yu, aludiendo a la paciencia— que es una de las caras de la voluntad—: "Todo es posible para los chinos".

Mucho queda por decir, pues siempre queda mucho por aprender. Tenemos la sensación de haber hecho un viaje por un tramo desconocido del pasado y regresar trayendo en la mano un talismán milagroso en el que cabe la belleza.

Dora Isella RUSSELL.
(Especial para EL DIA.)


En el precioso pote de porcelana, la clásica pasta roja con que se sella tiene medio siglo de antigüedad y está mezclada con polvo de oro. A la izquierda, el estuche contiene un sello de bolsillo. A la derecha, otro tallado por el doctor Siao-Yu ostenta en caracteres chinos una frase de amistad: "Cooperación Intelectual Chino-Uruguaya".



Triptolemo entre las diosas elevsinas, después de haberse apoderado del grano de trigo. Relieve hallado en Elevsis y conservado ahora en el Museo Nacional de Atenas.



Demeter, Perséfona y Triptolemo niño. Relieve conservado en Roma.

ELEVSIS

ELEVSIS fue, hasta el siglo VII antes de Cristo, un pequeño Estado del Atica; cuando, andando precisamente aquélla centuria, Atenas —otro Estado de reducida extensión y entonces de muy relativa importancia en el mundo heleno—, se lo anexa, Elevsis sostiene ciertos privilegios. No va a ser un simple demos —un municipio— de su territorio soberano; continúa con el título de ciudad y, sobre todo, sigue con autoridad sobre la dirección de los misterios que en su seno se cumplen. Elevsis había sido un Estado sacerdotal. Continuará como centro ecuménico, sobre el que tienen puesta la vista y el interés todos los griegos —después, también, los romanos; y hoy, nosotros por más amplias razones— con prescindencia de las rencillas que entre los pueblos puedan darse, con desconocimiento tácito de su dependencia estatal. Está ligada a los principios de un mito que no resiste limitaciones de frontera, porque es el de la fertilidad, o sea el de la vida misma que, como tal, no afirma nacionalidad ni admite diferencias de clase alguna en la preocupación de los hombres.

Ese mito es la explicación poética, la concresión en imágenes comprensibles —si para comprender se despreocupa uno de la lógica— del tremendo miedo que nace en la inevitable comparación de nuestra debilidad en la comprensión directa de nuestra dependencia con respecto a los hechos cósmicos. El hombre advirtió, desde que tuvo conciencia de su relación de pequeño actuante enamorado de vivir con el inmenso mundo que lo rodeaba y en el que estaba comprometido, que hay un tiempo en el que la naturaleza decae, se transforma y ya no es nutricia ni acogedora. Que tenía sol cálido y las plantas daban sombra, flores y frutos; entonces todo crece, se hace brillante y posible; pero eso llegaba indefectiblemente a término; el sol palidecía, desaparecían los productos de la tierra, los campos se hacían yermos, las hojas se arrugaban y caían; los arbustos y los árboles morían desnudos, empobrecidos.

Hoy todo eso lo explicamos por el ya conocido proceso de las estaciones que advienen según leyes inmutables, aunque lo de inmutable no haya sido, todavía demostrado por encima del tiempo corrido y de una lógica perecedera.

La aparición del invierno era, sin duda, la premonición del fin; y en ese fin todos podían estar incluídos. No obstante, hay un alto: llega la primavera; los brotes estallan en las plantas que reverdecen y se nutren de flores; el tiempo se enriquece con renovados medios de vida. Es posible continuar. Pero, ¿por qué? Pero, ¿hasta cuándo? ¿Y si alguna vez, ese proceso se detiene? ¿Si no llega la revivificación primaveral? ¿En virtud de qué desconocidas fuerzas somos asistidos en la aventura del ansiado persistir? Hay realmente fuerzas incontestables, extrañas, poderosas, fuera de nosotros. Pero nosotros podemos, quizá, influir en ellas, ayudarlas en lo que sea necesario para que nos ayuden a pervivir. Todas las culturas primitivas inventaron, en virtud de esas premisas, rituales mágicos que, por otra parte, subsistieron aún durante el transcurso de etapas culturales más desarrolladas. La actual fiesta de la primavera, con todo su desborde juvenil, no es sino el resto de una tradición inexplicada y que a fin de cuentas, tampoco necesita explicaciones.

Para cierta parte del mundo antiguo, ese ritual vinculado al poder genético de la naturaleza y al inconcreto temor a su vigencia fue concentrándose en Elevsis por virtud del culto a Demeter y a su hija Perséfona (Ceres y Proserpina de los romanos). El culto, documentado en su antigüedad por el himno homérico que se encontrara en Moscú a fines del siglo XVIII, parece haber sido instituído por Eumolpo, quien recibió la orden de cumplirlo de parte de la misma diosa que quiso que así se perpetuase un acontecimiento singular de su dolorida existencia: en una de las etapas de la búsqueda de Koré o Perséfona, su hija, llegó Demeter a Elevsis y fue muy bien recibida por su rey Keleós; agradecida, regaló al príncipe Triptolemo, un grano de trigo y le enseñó a cultivar la tierra. Como consecuencia, los Eumolpidas fueron, inevitablemente y en virtud de tan estupendo antecedente, una de las familias sacerdotales de la ciudad; de entre sus miembros y los del clan de los Kerices se elegía el *hierofante* (revelador de las cosas sacras), que presidía la enunciación de los misterios, el *daduco*, que portaba la antorcha y la entregaba a los iniciados, el *hieroceris* o heraldo, el *epibomios* y los otros sacerdotes. Dos fiestas tenían lugar anualmente en el sitio y ambas coincidían con aspectos de la actividad agrícola: las Pequeñas Elevsinas el día 20 o 21 del mes de Ancesterión, que coincide con nuestra primavera y las Grandes Elevsinas en el de Boedromion, durante doce días del otoño. Las primeras debían considerarse como una preparación para los misterios mayores; en éstos se sucedían cuatro grandes actos, siendo el último el de la iniciación, de carácter secreto; tenía lugar en el más recóndito de los santuarios.

Todo ateniense, después todo griego y aún romano, podía ser iniciado mientras lo presentara un mistagogo ateniense; sólo estaban fuera de esta ley los homicidas, los traidores, los magos y las prostitutas.

¿En qué consistía ese ritual? No lo sabemos; es uno de los pocos secretos entre muchos, que ha quedado hasta ahora —y ya parece que para siempre— vedado al conocimiento. El iniciado no se refería nunca a él. Pausanias, aquel infatigable viajero de la antigüedad, que ha pormenorizado detalles de todos los aspectos de la vida que le tocó vivir, también se calla y ni siquiera describe al recinto!; él era, asimismo, un inicado; no puede hablar ni



Un aspecto de Telesterion: al fondo, a la derecha, el local del Nuevo Museo

a la menor referencia. Cuando algún
ioso de hoy afirma que la masonería
escendiente del ritual elevsino, quizá
ca pecados interpretativos; lo que no
e decir, tampoco, que no pueda ser
. Si la fundamentación del mito —en
o cualquier mito, repito, merece ser
mentado— es el misterio de la na-
za, todo alcance del misterio le cua-
Nosotros podemos saber de la actua-
imperativa de algunos de sus arca-
sabemos, por ejemplo, que acercán-
al santuario, en el camino que viene
enas, enfrente a las maravillosas ra-
e Elevsis y Salamina, hay dos lagos
grados a Demeter y Koré; el que aho-
r la nueva vía, queda a nuestra de-
era y es salado, lleno de peces y con
más alto que el mar. Tampoco se
si disminuye de volumen. ¿Cómo y
sé fue y es posible tal cosa? Si está
ado subterráneamente a la bahía, a
de los vasos comunicantes no se
e. En los buenos tiempos, estaba des-
a los sacerdotes, que allí podían pes-
tenían una embarcación. Hoy, ese
sagrado es historia vieja. Pero el
o es digno de respeto. Yo no pesca-
él. No me parece conveniente hacer
ue implique, de alguna manera, falta
secuencia con los misterios.

*

eter fue, como Zeus, hija de Gea y
, pero gestada con anterioridad al
able Padre del Trueno. Su existen-
vina estuvo marcada por el drama
su doble nacimiento. Amó a Jasión
eta, hijo de Minos, pero fue perse-
por su hermano Poseidon de quien
Arión, el caballo; pretendiendo es-
a la posesión, recurrió a transfor-
en yegua; pero en seguida se de-
que un subterfugio así, entre dio-
a inútil; el rijoso perseguidor tam-
odía cambiarse en equino; y he ahí
sultados. De sesgos similarmente
ticos, por lo forzado, fue su aparea-
con el otro hermano, Zeus, que tu-
mo consecuencia el nacimiento de
na, la hija dilecta de sino trágico.
ón, señor de las Tinieblas la raptó
mor, transformándola en Reina del
. La triste Demeter, desposeída de
chacha —Koré— inició su búsque-
nosa, entre los abismos de toda la
cubierta con un velo, el aire los ca-
y con la sola compañía de Hécate,
desa de las tres caras, la que todavía
an los perros con sus aullidos, pues
sa su marcha con la de las almas de
funtos. Hécate y Demeter pidieron
o que iluminara todos los confines
tierra para poder hallar a la otra do-
liosa, de la que sólo oían los lamen-
ro el pedido cayó en el vacío, por
constaba que el mismo Zeus había
ido en el rapto. Demeter renuncia
a la inmortalidad y transformada
a sigue recorriendo el mundo hasta
Elevsis, donde descansa. Cuando
sale, Aretusa, la nereida amante
Alfeo, le indica el sitio donde fue
da Koré; la madre la encuentra y

quiere liberarla, pero ahora Perséfona está enamorada de su raptor, Plutón, y ya no se separará de él. La intervención de Zeus en un pleito muy complicado que se planteó en esta emergencia, llevó a otra solución salomónica: la diosa pasaría seis meses en el Olimpo con su madre, seis meses en el infierno con su esposo.

La vinculación del proceso dramático indicado, con la sucesión natural de las estaciones, resulta realmente muy clara. A la joven —Koré quiere decir muchacha— que es la juventud se la escamotea, pero vuelve regularmente, como la energía de la vida en la primavera; Demeter, en carácter de anciana que renuncia peligrosamente a la inmortalidad la busca y logra el milagro. Pero todavía, Perséfona fue madre de las furias y, quizá, de Dionisos.

Todas las implicaciones de carácter vegetativo que esa pareja sacra y sus descendientes y acólitos contienen, toda la relación con la inmortalidad que a través de las interpretaciones a que lleva, ella permite, imponen la consideración de su importancia; y de su importancia como fue planteada desde el principio: por encima de las nacionalidades o las querellas, por encima de las separaciones políticas y de las preferencias sacramentales.

*

De todo el ampuloso, grande, aparato arquitectónico levantado por los griegos, helenísticos y romanos en la zona del viejo santuario, quedan hoy unas ruinas poco espectaculares. Si el turista común las desconoce, si, pese a estar muy cerca de Atenas, se obvia su visita, ello es también debido a que son, como restos, poco atractivos; y el paisaje en que se enclava y que lo rodea, aunque espléndido, no puede considerarse sino como un accidente pequeño dentro del inmenso repertorio paisajístico que la Helade atesora.

Elevsis mantiene su hermetismo, aún despojada de su atuendo y sólo valida de andrajos.

Pero viendo mucho más allá de lo que el ojo puede informar por la observación directa, es posible llegar a percibir algo. Y siempre que se renuncie a comprender, en el sentido que a esa actividad se le da con relación a las otras cosas que compartimos y nos rodean en el mundo.

Para el visitante nutrido del mito, que acata la dimensión del misterio, eso no deja de ser una ventaja. Elevsis es uno de los pocos recintos importantes de la antigüedad más destacada que puede ser visto sin interferencias de curiosos brotados de máquinas fotográficas y guías vociferantes en tres idiomas.

Poco queda, señalando el aparato arquitectónico de la entrada de los templos, los arcos de triunfo, los grandes y los pequeños propileos, construcciones de épocas diversas. Pero entre la torre romana y el pequeño acceso está el más discreto resto: un simple hueco prismático: es el pozo Kalicoros, citado por el himno homérico y por Eurípides; allí, por la primera vez, las mujeres elevsinas danzaron en honor de Demeter.



La Demeter de Cnido, atribuída a escuela praxitelana. Museo Británico.



Figuras de un vaso griego conservado en el Museo del Louvre, que se presume representen el abrazo de Dionisos y Perséfona.

El resto que sigue es el Plutonion, templo dedicado a Pluton, delante de una gruta que representa la entrada del infierno o Hades y se figura el agujero por el que el dios de las tinieblas se llevó a Koré.

Más adelante, es el amplio santuario de los misterios, el Telesterion o sala de las iniciaciones; una sala como una pequeña plaza, del que queda la traza, las gradas excavadas en la roca que se levanta abruptamente en sus lados.

*

Dice el himno a Demeter: "Feliz entre todos los habitantes de la tierra, el que ha contemplado esos grandes espectáculos. Pero el que no ha sido iniciado, está privado para siempre de una dicha similar, ni siquiera cuando la muerte lo haga descender a las sombrías moradas!".

Para el hombre de hoy, si se enamora del misterio, hay otras iniciaciones para otras dichas, también inefables. Pero no se acerque a Elevsis, el simple cazador de fotografías.

Fernando GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



Con la actriz Margarita Xirgú y su admirable compañera, la señora Blanca R. Morlán de Scoseria.

CYRO SCOSERIA:
EL CRITICO Y SU CIRCUNSTANCIA

CYRO Scoseria se ha retirado de la actividad periodística que con tanto brillo y general beneplácito cumplía desde las columnas de EL DIA. Consecuentemente, ha iniciado ya los trámites jubilatorios. Esos mismos trámites burocráticos que emparientan en este país, a todos los hombres, una vez que las leyes sociales consideran que ha cumplido su parte en la vida.

Aún dentro del ambiente familiar, que es el punto a donde acudí en su búsqueda, Cyro Scoseria sigue siendo la misma figura mítica que fuera durante las noches de estreno en los vestíbulos de nuestros teatros durante casi medio siglo.

Frente a él, y desde el cuarto piso que ocupa en su residencia de la Rambla Wilson, el mar se abre en abanico. A la derecha, la blanca y evocadora silueta del faro de Punta Carreta se interna en la inmensidad y parece el dedo de piedra de un predicador.

A la izquierda, la publicitada y turística "costa azul" uruguaya enhebra un rosario de colinas y playas que se pierden en las indeterminadas lejanías.

En este momento, descubriéndome el mar, Cyro es tan feliz como un niño que enseña la burbuja de vidrio, en cuyo interior hay algún misterio que encanta. Desde el atalaya que es su balcón, el crítico da la espalda a sus libros, y se entrega engolosinado al redescubrimiento de la naturaleza. Con seguridad, que pocos vecinos de Punta Carreta conocen como él los progresos que va haciendo la luz sobre las dóciles superficies acuáticas a medida que va cayendo el día. El tiempo actual de Cyro se ha hecho una entidad habitual a las blancas gaviotas y hasta a una pálida y solitaria garza que, frente mismo al balcón se mira indiferente en su privado espejo de mar y crepúsculo.

Lo observo en silencio. Su actitud frente a la milagrosa naturaleza sigue siendo de la misma sustancia con que casi en cincuenta años, este hombre de lúcida inteligencia y sensibilidad penetrante, ha registrado para los plomos de EL DIA, el avatar escénico de esta ciudad, egoísta e indiferente, que hoy da la notoriedad y mañana la quita con igual inconstancia.

Inocente y bueno, este hombre que mira el mar desde el fondo del agua quieta de sus ojos azules, es hoy parte primordial del folklore teatral de nuestro medio. Símbolo y leyenda vivos de la historia del teatro uruguayo. Es obvio, que Cyro Scoseria tiene una musa propia que lo visitó en el correr del último medio siglo y que todavía hoy no lo ha abandonado. En su estudio, en medio de los libros que atesoran la literatura teatral de todos los tiempos y que tanto conoce, Cyro Scoseria, flanqueado por los deslumbrantes retratos al óleo que le pintaron Poggi, Cúneo y Laborde y la cabeza en bronce que le esculpió Michelena, recibe ahora la visita de su más tierna admiradora: Tamara. Tamara tiene siete años y todo el misterio de la vida que aún está por venir. Es una pequeña vecina de Cyro, que alegra su retiro, y a la que entretiene sin hablar, con esa amable y mágica melancolía de quien está en complicidad con los dulces secretos de la infancia.

La diferencia entre este hombre de cabello blanco acompañado de una pequeña niña y el que cumplió una de las más vastas trayectorias humanísticas en el campo de la crítica teatral uruguaya, está generosamente ilustrada en más de 20 voluminosos álbumes polvorientos. Se acumulan allí sus millares de artículos periodísticos que empezaron a ser coleccionados por la madre del crítico. En esas valiosas colecciones que proceden de las diarias ediciones de EL DIA y que se remontan al año 1917, se halla la más espléndida huella de toda la actividad teatral cumplida en Montevideo, desde finales de la segunda década del siglo hasta nuestros violentos e inciertos tiempos.

Jurado en los concursos de obras teatrales instituídos por el Ministerio de Instrucción Pública y otras entidades como la Sociedad Uruguaya de Autores y Teatro del Pueblo, Vicepresidente del Comité Organ[izador] del Primer Congreso de Teatro cele[brado] en 1941 y Presidente de la Comisió[n] emanada de ese mismo congreso para e[s]tudiar y propiciar la creación de la Comed[ia] Nacional Uruguaya. Colaborador del Sod[re] desde su fundación, asesor en sus espe[c]táculos líricos y conciertos sinfónic[os]. Miembro del Consejo Ejecutivo de Ca[sa] del Teatro, como delegado del Círculo [de] la Crítica, Miembro del Consejo Directiv[o] del Centro Uruguayo del Instituto Inte[r]nacional de Teatro y Miembro en dos eje[r]cicios de la Comisión Nacional de Bell[as] Artes. Poseedor de la medalla de plata d[el] Círculo de la Crítica y medalla de oro, [en] 1951, al serle entregada en ocasión de c[e]lebrarse por primera vez, el Día del Artis[ta] "por su ilustre decanato en la crítica te[a]tral".

Todos estos honores y otros muchos [ha] recibido Cyro Scoseria a lo largo de u[na] vida que se perfila simultáneamente co[mo] una luminosa lección humanística.

Nacido en Montevideo, a la edad de oc[ho] años Cyro Scoseria habría de sufrir u[na] primera y dolorosa experiencia: se ve p[ri]vado del uso de la palabra a consecuen[cia] de un ataque de meningitis que dejó i[n]tactas el resto de sus facultades. A e[s]... se debe que pudiera continuar su instru[c]ción ingresando en la Universidad de Mo[n]tevideo donde siguió los cursos de Bac[hi]llerato General, rindiendo sus exámenes p[or] escrito.

En 1912, alentado por don José Bat[lle] y Ordoñez ("nuestro querido don Pep[e]" dice Scoseria) que lo estimuló en sus p[ri]meros pasos, entró como meritorio en la r[e]dacción de EL DIA, donde a poco, se [le] encargó la ayudantía de la crónica teat[ral]. Junto a Julián Nogueira, jefe de dicha p[á]gina, Cyro encaró casi exclusivamente [la] producción nacional.

En el año 1917 fue a Europa, don[de] permaneció durante dos años. Desde a[llí] envió sus valiosas correspondencias pu[bli]cadas en nuestras ediciones diarias de [en]tonces. Su mayor actividad en Francia [la] canalizó en la asistencia de algunos cur[sos] de la Sorbona y de la "Schola Cantoru[m]" que dirigía Vincent D'Indy. Recorrió [Es]paña e Italia y bebió la luz mediterrán[ea] con la misma fruición con que se emp[apó] en el milagro de las cosas góticas y re[na]centistas. De regreso al Uruguay, se re[in]tegró a la jefatura teatral de nuestro dia[rio].

No se puede intentar una síntesis b[io]gráfica de Cyro Scoseria ni se puede [in]tentar una síntesis de su obra, sin seña[lar] que de ambos (vida y crítica) hizo una p[ro]fesión, no desde el punto de vista del p...



Hace tiempo y a lo lejos, Cyro Scoseria posa en la playa La Mulata con los dramaturgos José Pedro Bellán y Juan León Bengoa.



...n sus mocedades y entre los libros que atesoran la historia universal del teatro.

...sional, sino desde el puesto de acción del ...ofeso.

Desde su iniciación en la crítica, su actividad fue constante, su calidad indeclinable y su juicio siempre temido y valorado por quienes ejercen el fascinador oficio del teatro. La razón es sencilla. Cyro Scoseria simplificó notablemente la dificultad de determinar en lo teatral el filo de la navaja que media entre lo circunstancial y lo permanente. Su autenticidad y su conducta, su inteligencia y su punto de vista crítico se iluminaron siempre a la luz de la verdad en el material periodístico que fue acumulando durante más de cuatro décadas y que produjo en una increíble y fructífera cosecha. Ese material, tendrá que ser indudablemente el punto de partida de quien se decida alguna vez a historiar la evolución de la vida teatral en Montevideo.

Su pluma ágil y erudita se caracterizó ... por ser de las de entendimiento más ... y por el esmero detallístico con que puso de manifiesto en todas las oportunidades, la enjundia y el lujo de su cultura humanística.

Porque pocos críticos uruguayos han sabido ver como él en los infinitos laberintos que bifurcan los pasos del artista (en este caso el autor dramático) mientras con ayuda de la vida y el arte busca la autenticidad personal que explica cada obra y que transforma a toda creación escénica en un momento único y maravilloso del transitorio devenir del hombre sobre la tierra.

De los sutiles filtros del teatro, destiló en todos estos largos años, perdurables conocimientos de lúcida coherencia. Un arrogante sentido de misión. Una firmeza pindárica y un dadivoso proceso analítico ha llevado a Scoseria a exaltar — hoy y siempre — la eminente condición del teatro como a una de las más esclarecedoras formas por las que el autor dramático se aferra con las uñas a ese raro prodigio de verdad y sueño.

No debe existir una sola discrepancia en el sentido de que Cyro Scoseria es realmente uno de los grandes epígonos de la crítica teatral uruguaya. A él se deben muchos, incontables, grandes juicios del género y es, por cierto, una de las firmas más exactamente respetada en nuestros medios escénicos.

Pero Cyro Scoseria no es tan sólo un crítico de teatro: es un ensayista potencial que hace la crítica y que cuando se lo proponga, podrá escribir con la misma autoridad, soltura y solvencia, la historia del teatro en el Uruguay. Lo que nos consta fehacientemente, es el deseo unánime de todos cuantos no se resignan a que Cyro Scoseria se niegue a escuchar tales requerimientos que demandan su fértil presencia como testigo de cargo.

Expresó hace muy poco, luego de realizado uno de los múltiples homenajes que se le prodigaron: "Hice siempre una crítica — si así puede llamarse — meramente impresionista", sin pretensiones de "magister", y mi sentido autocrítico me lleva a considerar que cuanto he producido no puede tener otro destino que el muy efímero de la labor periodística, de toda esa inmensa labor anónima, que, sin distinción de valores, devora continuamente con sus fauces insaciables ese Moloch moderno que son las grandes rotativas del diarismo contemporáneo. Creo haber sido nada más — y nada menos — que un periodista y haber ejercido mi oficio con humildad, sin soberbias ni pedanterías, sin antipatías preconcebidas, sin parti-pris de ninguna especie, con la mente limpia de rencores, con cordialidad y fervor sinceros, sin otro interés que servir al teatro y velar por su estabilidad y progreso. Dije alguna vez que no entendía la crítica como una policía de las letras. Tampoco creo que la misión del crítico deba confundirse con la del fiscal acusador frente al reo sentado en el banquillo. Siempre me sentí más inclinado a ver y exaltar la belleza y los méritos y virtudes de obras e intérpretes, que a señalar sus defectos, sin dejar empero de hacerlo "suaviter in modo', evitando zaherir a nadie, toda vez que lo consideré necesario".



Cyro Scoseria en el año 1952.

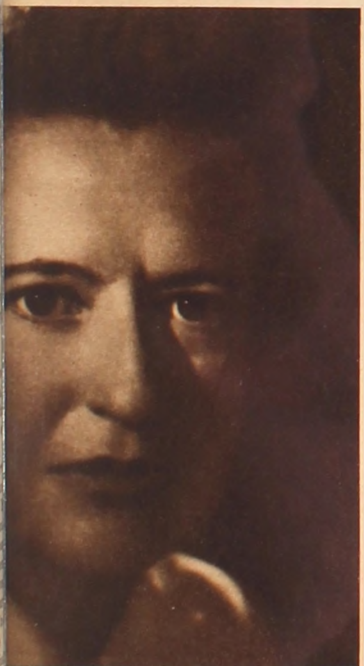
Al retirarse, Cyro recibió de sus colegas de la prensa las más encendidas alabanzas y lo saludaron — sobre todo los más jóvenes — de una manera que me recordó la frase imborrable con que Rodó empieza su "Ariel": "Aquella tarde, el viejo y venerado maestro a quien todos solían llamar Próspero por alusión al sabio mago de La Tempestad shakespeariana, se despedía de sus jóvenes discípulos...". Pero casi podría asegurar que ninguno de los votos a él dirigidos, lo dejaron tan piadosamente conmovido, como el poema infantil que le escribió, Tamara, su pequeña vecina de siete años: "Cyro es muy, muy bueno. Siempre está leyendo y mostrando libros o escribiendo artículos. Tiene muchas bibliotecas repletas de libros. A él le gusta la música, el ballet y el teatro. Por eso yo lo quiero mucho, mucho".

Ya al final del camino, ¿qué podría anhelar don Cyro que fuera más puro, más alto y más bueno, que el fervor incontaminado de un niño?

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA)

EL SUPLEMENTO DOMINICAL EN EL EXTERIOR



Carmen Conde.

LA Dirección del diario se ha sentido halagada por las expresiones de admiración hacia una de sus colaboradoras, llegadas desde la patria de la misma: la gran escritora Carmen Conde, a cuya valía poética nos referimos en estas páginas hace muy poco tiempo (V. Supl. 17-V-1959). Y aunque no entra en las normas de esta publicación dominical la reproducción de cartas de los lectores, casi siempre estimulantes y generosas, la índole y procedencia de la que motiva el comentario nos inducen a transcribirla.

Javea, 10 mayo 1959.

Sr. Director de EL DIA. - Presente.

Muy señor mío: He leído en el diario de su digna dirección el artículo que firma la Sra. Conde, sobre esta villa, el pasado día 15 de febrero de este año, y es tan expresivo y sincero, que ha causado verdadera emoción en todas cuantas personas lo han leído, incluídas las primeras autoridades provinciales.

Yo le ruego en mi nombre y en el de varias personas, acepte y a su vez transmita a la autora de tan veraz y sentido poema, la felicitación sincera y agradecida por su amor a este rincón de España.

También desearía que, previo pago me remitiera a esta dirección, ciento cincuenta ejemplares de dicho número de EL DIA y fecha 15 de febrero de 1959.

Gracias una vez más y me es grato ofrecerme de Ud. atto. y seguro servidor q. e. s. m. — Firmado: José Monsell Perís.

El testimonio no es únicamente el reconocimiento que merece nuestra colaboradora con toda justicia, por la forma poética e inteligente con que difunde, vinculados con el terruño, nombres y lugares de su España. Vale, asimismo, como prueba de la divulgación de este Suplemento y del prestigio de su esfuerzo cultural.

Es el caso de evocar aquí a quien puso en marcha, feliz iniciativa suya, esta realidad periodística desde su fundación en 1932: a don Lorenzo Batlle Pacheco, de cuya memoria es en cierto modo legado y mensaje. Y fuera injusto silenciar a quienes desde el primer día, interpretando el anhelo de aquel ilustre político, mantienen con mano segura la orientación característica de nuestro Suplemento. Queremos olvidar por un momento nuestra regular colaboración en él, para que no suene a elogio de parte interesada, ¿pero cómo despojarnos del afecto que profesamos al semanario? Este anda y nos lleva con él, y vuelven a nosotros los ecos de la andanza, desde rincones lejanos, estableciendo un vínculo amistoso que nos honra. De pronto desde algún ángulo del Nuevo o el Viejo Continente, una mano desconocida nos tiende una palabra de aliento; de pronto desde Java o desde el Africa, una foto nos trae la imagen de un grupo de indígenas que sostienen nuestras hojas en sus manos. EL DIA viaja y crece en respeto. Y los colaboradores sentimos el respaldo moral del viejo diario, y quien esto escribe cree interpretar la satisfacción de la casa, ante esa carta escrita en Javea, y escogida entre muchas como un indicio de la repercusión del Suplemento Dominical en el extranjero.

D. I. R.

EL REGLAMENTO
Y SU EFECTIVA

EN un breve estudio que no ha mucho tiempo publiqué en estas mismas columnas de El Suplemento bajo el título de "El fomento de la campaña y nuestro comercio exterior en 1815" (1), puse de resalto algunos antecedentes que jalonan el proceso más inmediato a la redacción del "Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de la Campaña y seguridad de sus Hacendados", suscrito por Artigas en la villa de la Purificación, el 10 de setiembre de aquel histórico año de la Patria Vieja.

✦

El examen crítico del Reglamento Provisorio ha permitido formular, desde época lejana, los juicios más encomiásticos respecto del pensamiento político y social del Jefe de los Orientales al propiciar la reconstrucción económica de la campaña. Meritísima labor de exégesis que hasta el presente ha quedado circunscrita a la intrínseca exaltación espiritual y literaria de sus fines y propósitos, pero sin adelantar, en lo más mínimo, en el estudio de su efectiva proyección e influencia en nuestro medio rural.

No obstante se han enunciado, en estos últimos tiempos, sin el menor fundamento serio, en libros y en las propias aulas de historia nacional, concretas manifestaciones sosteniendo que el programa de fomento de la campaña no tuvo aplicación (2), y no falta, tampoco, quien haya formulado contra el Alcalde Provincial, don Juan de León, la grave inculpación de no haber cumplido "eficientemente con su cometido" (3), grande de reproche que por recaer, en cuestión de tan alto relieve histórico, sobre la memoria de un ciudadano de larga y honorable trayectoria en la emancipación nacional debió —estimo— ser abonada con los testimonios que confirmen, sin la menor sombra de duda, la verdad de sus dichos.

✦

Debemos a don Isidoro de María, el autorizado historiador de la patria, muy claras y precisas afirmaciones respecto de los *resultados* del Reglamento, los que aun cuando *no fueron muy satisfactorios*, por razones que él señala, tuvo, a su decir, efectiva aplicación social. Sus conclusiones pueden reducirse a tres puntos concretos, que los estudiosos modernos deben tener en cuenta.

1º), que fueron *pocos los interesados* que se presentaron en demanda de tierras. 2º), que por circunstancias muy variadas, "indiferencia", "desidia" y la propia vida fácil en nuestro medio rural, por la abundancia de ganado, se retrajo el interés de los agraciados por adquirir suertes de estancia donde trabajar y 3º), que la falta de seguridad en la campaña por los maleantes que la infestaban, más la propia *licencia de la soldadesca desordenada*, propendieron al retraimiento en la repoblación de los campos, esterilizando así, nos dice, los ***buenos deseos del Alcalde Provincial en el cumplimiento de la misión que le había sido confiada.***

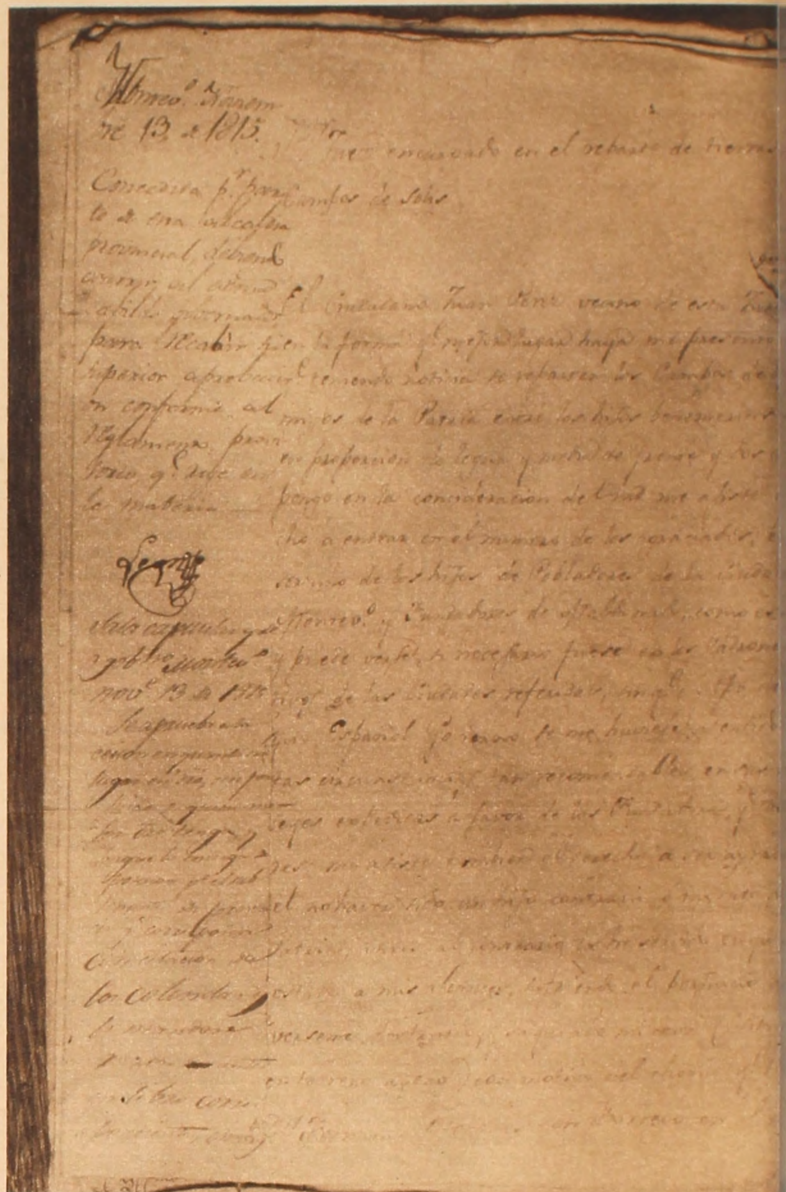
La primera y muy exacta afirmación de don Isidoro de María de que fueron *pocos* los interesados en afincarse en la campaña debió ser respetuosamente justipreciada por quienes han negado, de buenas a primeras, la aplicación del Reglamento artiguista.

Pocos o muchos, el número no hace ahora al caso, lo históricamente exacto, incontrovertible, es que el Reglamento de 1815 tuvo real y efectiva aplicación. Negar o silenciar este aserto después que don Isidoro de María lo señaló con suma claridad y sencillez significa asumir —con la implícita rectificación al ilustre historiador— una grave responsabilidad intelectual en cuestión de tanto interés retrospectivo, por cuanto ha tenido eco volandero en la docencia secundaria y la recogen textos de enseñanza.

En cuanto a la inculpación contra el Alcalde Provincial don Juan de León, considero no pasa de una ligera cuanto injusta improvisación literaria, pero como en esta clase de estudios hay siempre mucho que aprender, aguardamos, al respecto, la condigna réplica documental que nos ilustre.

✦

La aplicación del programa agrario de 1815 pasó por dos etapas concurrentes a un mismo fin social; una inicial, en la que le cupo al coronel D. Fernando Otorgués atender, en colaboración con el cabildo de Montevideo, según expresa disposición de Artigas, los reclamos de quienes deseaban adquirir tierras. As. lo manifestamos en nuestro antes citado artículo y lo repetimos ahora para su mejor comento.



Primera foja de la solicitud de tierras que el vecino de Solís Chico, D. Juan Pérez - llo pobre— elevó a las autoridades provinciales en noviembre de 1815. Cabe destac notas marginales del Alcalde Provincial don Juan de León y del Cabildo, gobernad Montevideo, acordando la suerte de estacia re clamada en nombre del Reglamento provi

✦

A mediados de agosto de 1815 —decíamos entonces— Artigas ya pone en práctica los puntos principales de su proyectada reforma cuando recomienda a su Comandante de Vanguardia poner el mayor orden posible en la campaña, fomentar las estancias y que los "seguros" (provisorias licencias de propiedad) que se otorguen a los vecinos interesados lo sean con la especificación expresa de "hta. el arreglo gral. de la Prov.a". Para atender este último cometido don Fernando Otorgués debía actuar de acuerdo con el Cabildo de Montevideo. Y en el texto de ese mismo oficio el Prócer agrega:

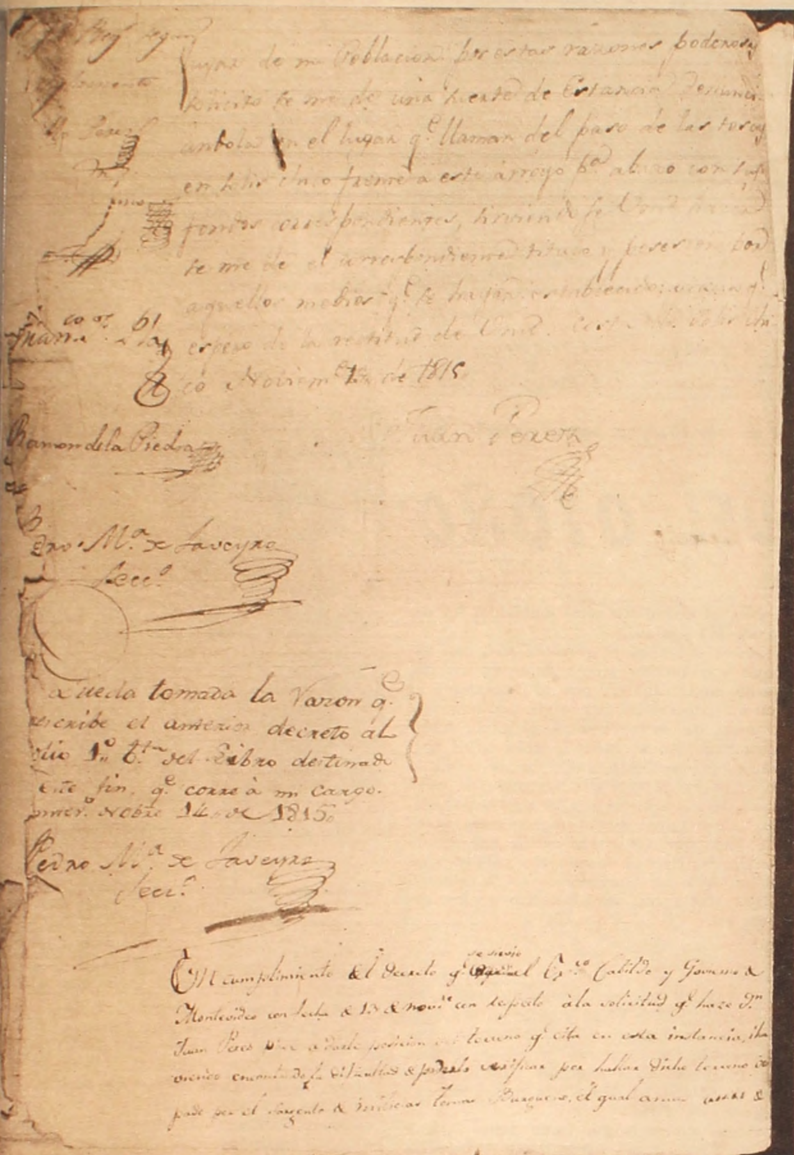
"Entretanto VS. tenga la bondad de proclamar en los Pueblos la necesidad de poblar, y fomentar la campaña según mis últimas insinuaciones, mientras llega el Sr. Alcalde Prov.l y podemos poner en execución aquellas medidas que se crean más caces pa.la realización de tan importa objeto".

La segunda etapa se cumplió en un t de acuerdo a los procedimientos institui en el propio texto del Reglamento.

✦

Del primer período quedan huellas gibles a las que nos referiremos en oportunidad, ya que nuestro interés rad hoy, en la exhumación y estudio de una banza documental, elocuente y precisa, d real aplicación del Reglamento de 18 inédito testimonio histórico de un memo ble ciclo de nuestro pasado, en el que genio político de Artigas tendió hacia porvenir, con la reforma agraria de la vincia Oriental, las nuevas líneas para evolución social y prosperidad económ Y aun cuando podríamos aplicar ahora vieja expresión popular de que para m tra alcanza un botón, juzgo conveni agregar que obran en mi poder y con miento otros expresivos testimonios nuestro aserto, lo que perfila, con cara res definidos, la posibilidad de abrir a la del conocimiento histórico, un nuevo c tulo del artiguismo. Pero corresponde d ahora, antes de entrar de lleno en el e

ARTIGUISTA DE 1815
APLICACION RURAL



Queda tomada la razon q. recibe el anterior decreto al folio 1º vta. del Libro destinado a este fin q. corre a mi cargo. Montev. Nobre 14 de 1815.

Pedro Mª de Taveyro
Secr.

*Foja primera vuelta del manuscrito original del ciudadano Juan Pérez. Luce las primeras líneas del acta de posesión de las tierras otor*gad*as de acuerdo al Reglamento artiguista de 1815.*

dio de nuestro tema, que desde los primeros meses de 1815 —marzo por lo menos— Artigas ya procuraba solucionar los problemas agrarios de la provincia. En ese lapso se otorgaron, por su expresa orden, "licencias" para poblar tierras baldías, *licencias* que constituyen un primer y precioso antecedente dentro de su programa de fomento y seguridad de la campaña.

◆

El texto de la solicitud de tierras que incorporo a la literatura histórica nacional, primer aporte documental encaminado a una ideal reconstrucción del ámbito socio-social en que se desenvolvió el plan de reforma agraria de 1815, debe llevar al ánimo del lector amigo el claro sentir de una olvidada realidad provincial. Negar o silenciar en el libro o en la cátedra la efectiva aplicación del Reglamento Provisorio de fomento de la campaña y seguridad de los Hacendados significa desconocer la más noble y humana empresa política del Padre de la Patria.

Lo solicitud de tierras que hoy revelo ofrece una serie de interesantes pormenores. Ella nos ilustra directamente, podemos decir, respecto de la efectiva aplicación de los procedimientos legales instituídos en el Reglamento para resolver una donación de campos, de su rápido andamiento oficial, más otros particularísimos detalles de no menor aprecio.

El interesado en la adquisición de la suerte de estancia era un vecino de Solís Chico, el ciudadano D. Juan Pérez, *criollo pobre*, descendiente de antiguos pobladores de Montevideo y de fundadores de Maldonado. Declara —en su escrito— no haber merecido atención alguna del gobierno español "por estas circunstancias tan recomendables en sus mismas leyes espedidas a favor de los Fundadores y Pobladores". Argumenta tener derecho a ser agraciado con una suerte de campo —legua y media de frente y dos de fondo— en mérito a "no haver sido un hijo contrario e ingrato a mi Patria, ante lo contrario la he servido en quanto ha estado a mis alcances", y agrega, finalmente, que sufrió la destrucción y saqueo de su casa, situada en terreno ajeno, cuando el encuentro entre las fuerzas de Otorgués y Dorrego (se refiere al combate de Marmarajá del 6 de octubre de 1814), y el que ocurrió, dice, "en el mismo lugar de mi población". Por tales razones el ciudadano Juan Pérez reclama se le de una suerte de estancia, "en el lugar qe.llaman del paso de las toscas en el Solís chico frente a este arroyo pa.abaxo con sus fondos correspondientes".

El petitorio formulado en el mes de noviembre de 1815 pasó a dictamen del Alcalde Provincial don Juan de León (art. 8 del Reglamento), quien el día 13 informa favorablemente según nota marginal que luce la solicitud original: "Concedida pr. parte de esta alcaldía provincial, debiendo ocurrir al exmo Cabildo gobernador para recabar su superior aprobación conforme al reglamento provisorio, que rige en la materia".

El Cabildo de Montevideo aprobó el propio día 13, la cesión de tierras aconsejada por el Alcalde de León, y su resolución superior quedó estampada al pie del dictamen precedente. Su texto dice:

"Sala Capitular y de Gob.no Montevº Nov.e 13 de 1815.

Se aprueba esta cesion en quanto ha lugar en dro, sin perjuicio de quien mayor dro tenga, y hagase la entrega de posesión pr.el subteniente q.corresponda con citacion de los colindantes tomandose razon en el libro correspondiente, encarg.do al Sr. Regidor, segun Reglamento".

Restaba un detalle, inscribir la merced de acuerdo al art. 9 del Reglamento, y este requisito se cumplió el día 14, a fojas 1º. vuelta del Libro de tierras, según expresa constancia que suscribe el secretario del Cabildo, don Pedro María Taveiro.

La última etapa de la gestión, entrega de la posesión del campo, correspondía al subteniente de partido, cargo que en ese entonces ocupaba el ciudadano D. Manuel Cabral, antiguo Capitán del Regimiento Voluntarios de Caballería Patriótica del Yi. Este trámite se cumplió en la costa del Solís Grande, el día 25 de noviembre, en presencia de los vecinos colindantes, no sin surgir un singular e inesperado impedimento.

La suerte de estancia concedida, objeto de las favorables actuaciones legales del Alcalde Provincial y del Cabildo, se hallaba ocupada por un servidor de la patria —don Tomás Burgueño— "sugeto de distinguido mérito por sus muchos servicios", soldado de los primeros tiempos de la revolución y ahora sargento de milicias, quien allí tenía sus ganados y una sementera de trigo.

El contratiempo que sucitaba tal situación fue salvado en el acto al conocer el vecino Juan Pérez, por noticias del propio Burgueño, que se hallaban vacantes otras tierras cercanas (4), en el "rincón de las piedras de afilar", las que de inmediato le fueron entregas, "conforme al reglamento qe.al efecto del reparto de terrenos se me entregó —dice don Manuel Cabral— como auno de los subtenientes del Sr. Alcalde Provincial".

Sus lindes eran: por el Sur, el mar ;por el costado del Oeste, el arroyito del Bagre y campos de don Tomás Burgueño; por el Norte, con el camino real a Maldonado y por el Este, con terrenos "hasta el día de la fecha valutos estos al lado del último rumbo, y Solís Grande, quedando demarcados por esta parte con un arroyito que sale del ultimo serro que se halla de las piedras de afilar al sud cuyo arroyito forma orqueta con el arroyo de los cabezones".

◆

Era el 25 de noviembre de 1815. Junto al ciudadano Juan Pérez los vecinos Tomás Burgueño, Anselmo Trías y el Subteniente D. Manuel Cabral cumplían el sencillo acto, pero no menos solemne, de entregar a un criollo pobre, los campos que la patria destinaba a sus hijos.

Desde el año de 1811 unía a ese puñado de hombres un mismo sentimiento e idéntica pasión: la libertad. Y en aquel memorable día era la voz y el espíritu del Héroe que los congregaba, en pleno campo, en el esperanzado amanecer de una cruzada de redención social.

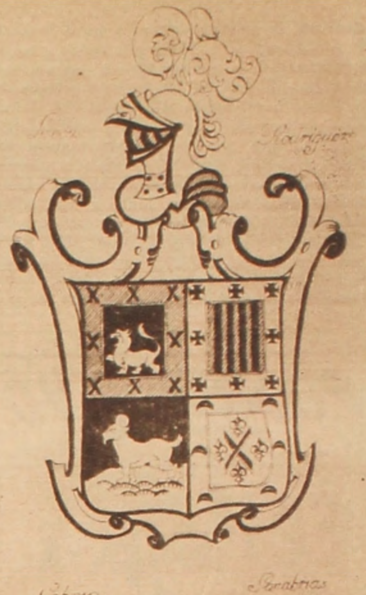
Ariosto **FERNANDEZ.**

(Especial para EL DIA).

(1) En Suplemento de EL DIA, 7/9/1958.
(2) Entre otros el profesor D. Carlos M. Rama en "Los movimientos sociales de América Latina en el siglo XX" (1955), donde después de mencionar el fracaso de las leyes de enfiteusis agraria de Rivadavia destaca la no aplicación del Reglamento Provisional de 1815 de Artigas".
(3) Edmundo M. Narancio en su artículo "El Reglamento de 1815", en ediciones de El País, 1951.
(4) La suerte de estancia con que fue agraciado don Juan Pérez pertenecía a la vasta extensión de tierras que a mediados del siglo XVIII, y entre los arroyos Solís Chico y Solís Grande, había adquirido de la corona el rico español Villanueva Pico y que éste ni sus sucesores jamás aplicaron a cosa útil alguna.

Y digamos ahora que años más tarde, en plena dominación brasileña, el vecino Juan Pérez se vio en el caso de reclamar amparo judicial en la posesión de aquellas tierras en mérito a que habían estado ocupadas por los Haedo. El fiscal de gobierno Dr. Llamoí no hizo lugar al pedido "sin / antes / oír ni citar" la otra parte, lo que habría sido, agrega, "una providencia ilegal, nula y sin mayor effeto" pero dictaminó que el interesado podía "conservarse por ahora en el modo qe. lo ha hecho hasta aquí".

Y cabe recordar, por último, que el nombre del vecino Juan Pérez quedó incorporado a la toponimia local en uno de los bañados comarcanos.



Escudo de armas de los de León, de Santa Cruz de Tenerife, una de las familias pobladoras de Montevideo en 1727. De la ejecutoria de hijosdalgo de nobleza que en el año de 1792 mandó levantar don Luis de León en la ciudad de La Laguna. La ejecutoria original perteneció a don Juan de León, que en su calidad de Alcalde Provincial en los cabildos artiguistas de 1815 y 1816 atendió la aplicación del "Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de la campaña..."

PASAR la mirada distraída entre la multitud que va y viene sin cesar, y recogerla luego con indolencia por encima del tránsito callejero en los dorados árboles de la Plaza; o prenderla allá lejos, allá arriba, en aquella nube que nos dice adiós, adiós para siempre con su pañuelo blanco; estarse aquí en el banco de ajustado asiento, sin pronunciar ni una sola palabra, junto a este señor silencioso, junto a esta silenciosa señora varada aquí; que está con su niña que tampoco habla, que sólo mira, que aún no ha comprendido la inutilidad la tortura, el encanto de los pensamientos recogidos en uno mismo; dejar que los minutos transcurran así, en esta especie de laguna, en la que vamos poniendo al acaso infantiles barcos de papel, que se mueven apenas... esto, en fin, y aún más, sin forma concreta, sin mayor cohesión ni propósito, sentimos que nos es necesario, que debemos hacerlo, que nos hace bien, alguna vez y ahora.



Necesidad y encanto tal vez, de dejarse estar un rato largo, sin pensar en nada...

INQUILINOS DEL OTOÑO

En el banco contiguo, el único ocupante que resta se ha quedado dormido, la cabeza inclinada hacia un lado, el diario en la falda. Dormido sonríe al sol que le ha ido poniendo por encima su linda frazada. La mano se abre de pronto, el brazo cede, y el periódico finalmente cae al suelo. No es el abultado expediente oficinesco aquello que está colgado del árbol qué ha de ser! El accidental huésped otoñal que está sentado enfrente cree verle, como si estuviera ahorcado ahí el ampuloso recipiente fiscal, que manipula de continuo. Su erguida vecina de asiento, en asueto, repasa mentalmente el texto de la nota que copiara con asiduidad, y que esta vez tiene la novedad de que el verbo, ora está en primera persona, ora en tercera, cómodamente ubicado en el mismo párrafo, extenso y abrupto.

Eso, y todo lo demás que puede ser, se diluye después de un rato de estar sentados, desaparece totalmente. La realidad afloja sus correas, y poco a poco se entra en una zona casi de ficción, donde es agradable dejarse estar. La circundante decoración natural, ocre y verde apagado, por donde el sol se cuela y el incesante transcurrir de la gente, toman la mente lánguida y virginal. Sólo queda ya el bello el dulce no pensar en nada. Asociándose a ello, el inmediato reloj municipal ha detenido sus agujas...

Busco entonces el viejo "Café", con espejos y columnas; ¿cómo dejar de hacerlo, desde aquí? Indago por el "Catalán", el "mozo" benemérito que intuía que nosotros, a pesar de todo, éramos personas sociables; hurgo no sé cuántas cosas en el suntuoso bloque "horizontal" que da sobre la Avenida, en la esquina. La mole de once pisos ríe, ríe a la luz con su risa esmaltada. Por la marginal rinconada opuesta, entre los autos que apuran la curva, sale de la ficción del cine el desgranado público, que va entrando así nuevamente en la realidad conminatoria, con paso indeciso y ojos extrañados.

*

Paredes y ventanas desencontradas en el tiempo, cercan la Plaza y se asoman a ella. Algunos de estos edificios proyectan por momentos, su empinada y tenaz sombra de ausencia. El finisecular palacio Jackson, la Mutua, el Ateneo, la marmórea residencia de Piria.

Nada sin embargo, como estos bancos de la Plaza, como estos duros y combos asientos, diseminados simétricamente en el perímetro poblado de plátanos. La indecisión, el tedio, la curiosidad, el cansancio y otros deudos colaterales de la desavenida familia ciudadana, se sientan en ellos a tomar el avaro sol de otoño. Y es sensible verles aquí reunidos, sin hablarse siquiera, sin pensar acaso, o pensando vanamente los mismos pensamientos de siempre, entre el lustrabotas, el vendedor de peines y el fotógrafo ambulante, cada uno de los cuales aguarda con ojo encendido, al posible cliente.

Por la boca del ómnibus recién detenido, desaparece en un instante la cola de pasajeros que esperaba hace rato; algunas caras, a través del cristal, se esfuerzan por sonreír en la partida; pero la impaciencia, la fatiga, o quién sabe qué pretenden otra cosa; y arranca en tanto el vehículo, con el techo cargado de valijas, rumbo a Colonia.

De pronto desciende cerca nuestro un tropel de palomas, que viene sin duda de dar una vuelta en la tarde propicia. Picotean afanosas todas al unísono invisibles granos del suelo, partículas pequeñísimas de hojas caídas, entre el permanente pasar de la gente por el flanco, sin hacer caso de ella, ni ella de las palomas. Se mueven vivaces, con su uniforme estudiantil gris pizarra. Ensayan mínimos vuelos algunas y se acercan ya al ciudadano que está dormido en su banco.

La conocida bocina, cuya estridencia se agudiza por segundos, anuncia el pasaje de los bomberos, que cruzan ya en su coche espectacular junto a la columna en que se yergue la simbólica estatua con la cadena rota. Detiénense los viandantes y miran el paso fugaz. Las palomas han levantado azoradas el vuelo; despierta el hombre del banco, se incorpora, recoge el periódico y se aleja con lentitud, integrado al tránsito callejero, incesante, de ritmo siempre igual, a cuya trama es imperioso que todos finalmente nos integremos dejando el banco que el ocio y la tarde han conseguido hacer muelle. Algo alejados ya, comprobamos que el otoño sigue victorioso en su empeño de hacer de los plátanos de la Plaza, grandes candelabros de bronce...

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA)



El diálogo se reanima en la tibieza de la Plaza.



Tras la hermosa decoración, el sueño empieza a tentar al único ocupante que resta en el banco.

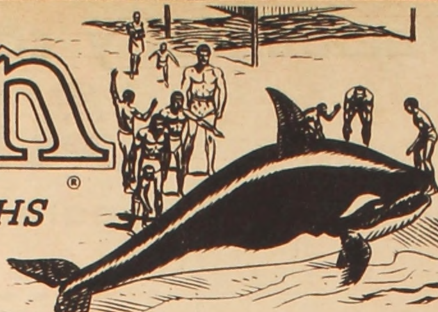


La generosidad del sol de otoño en este tramo, hace que los bancos tengan gran demanda.

Tarzan®

por EDGAR RICE BURROUGHS

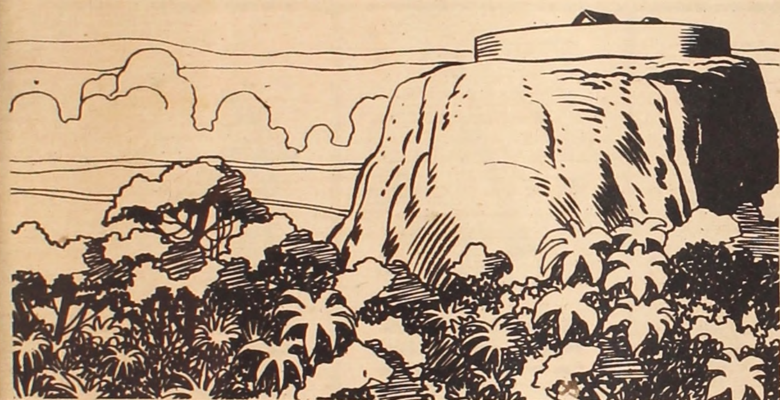
AL FIN LOS NATIVOS DE MADORA PUDIERON REGOCIJARSE...
TARZÁN LOS HABÍA LIBERADO DEL TERROR DE **TA-HU**!













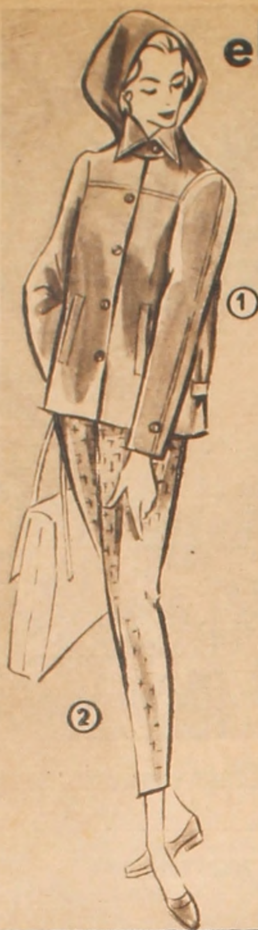




elegantes, modernas y calentitas ofertas en

ABRIGOS

para damas y niñas



1 - Fina campera en poplin de nylon, forrada en gamucina de algodón, con capucha y martingala $ 145.00

2 - Complementa este conjunto, pantalón en paño Velour fantasía de gran moda a $ 40.00



3 - Abrigada casaca manga raglan en punto morley, muy indicada para sport $ 39.50

4 - Pantalón confeccionado en novedoso paño a cuadros esfumados $ 38.00

5 - Saquito en punto de lana "Lancarina", completa selección de colores. Talle 2 $ 12.40
Aumento $ 1.40 por talle

Buzo m/corta haciendo juego. Talle 2 $ 10.40
Aumento $ 1.40 por talle

6 - Acompaña este conjunto, pantalón en abrigada franela de lana. Talle 2 $ 16.00
Aumento $ 1.00 c/dos talles

7 - Práctica campera en gabardina, con cierre y forro capitoneado. Talle 4 $ 27.50
Aumenta $ 1.00 por talle

8 - Pantalón realizado en pana rayada de excelente calidad. Talle 2 $ 25.00
Aumenta $ 2.00 por talle





HORARIO CONTINUO DE 9 A 17 HORAS





11 - Rompeviento en tejido morley de gran abrigo, varios colores $ 26.00

12 - Pantalón de línea moderna realizado en Tweed Príncipe de Gales $ 27.50



13 - Saco abierto con bolsillos, en punto de lana con moderna guarda de color $ 35.50



14 - Casaca en punto imitación a mano, tiene novedosa fantasía en tonos que se destacan $ 34.50



15 - Saco manga raglan en punto de lana morley, colores de actualidad $ 36.00

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
50 AÑOS 1909-1959

9 - Elegante chaquetón con amplio cuello, confeccionado en paño Velour en tonos del momento $ 65.00

10 - En moderno Príncipe de Gales, presentamos pantalón de corte perfecto a $ 37.00

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. — Lunes y Miércoles a las 20 horas, siempre grandes atracciones. — Martes a las 21 y 30 horas la TELEREVISTA con su escenario de variedades.

CASA MATRIZ AV. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341
esq. Marcelino Berthelot - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON AV. 18 DE JULIO 1601
esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11

Precios al alcance de todos